

EN AUTOCARAVANA POR LA VIEJA Y NUEVA RUMANIA



Javier Fernández Delgado

EN LAS PUERTAS DE ROMÂNIA

A principios de Agosto, me siento delante del volante de nuestra AC e introduzco la llave en el contacto, el inconfundible ruido del motor vuelve a provocarme el cosquilleo acostumbrado cada vez que me pongo en marcha, ya sea puentes, fines de semana o vacaciones más o menos largas.

A las ruedas de la AC le quedan por delante unos 2500 kilómetros para llegar a Rumanía, entre medio Francia, Suiza, Austria y Hungría; a los que se sumaran, en el viaje de regreso, Alemania y Liechtenstein. Todos ellos darían para otro relato, pero ahora toca România.

Cierto día de Agosto nuestra AC traspasa la invisible línea que separa Hungría de Rumanía. En su interior nos encontramos los integrantes de mi familia, Isabel mi mujer, nuestros hijos de 13 y 11 años y el que escribe.

El acceso al país lo hicimos por el Norte, a la altura de Debrecen en Hungría, por una frontera de tercera y con poco movimiento –también como a otros compañeros autocaravanistas la policía de fronteras entró a visitar nuestra AC, comprobando que de los grifos salía agua, con la ducha no se atrevieron-.

Nuestro plan era visitar las iglesias de madera de Maramures y los monasterios de Bucovina, todo ello en el Norte de Rumanía, para luego proseguir dirección hacia el Centro y Sur del país.

La viñeta, según entendimos a la amable rumana, era para todas las carreteras (que después de ver su estado, ¡manda narices que te cobren ¡). Simplemente das la matricula, la introduce en su ordenador y te expide un ticket. Luego, según ella, existen unas cámaras en las carreteras que leen la matricula “Control Viñeta”. Únicamente pude ver una, cerca de Arad, a dos días de abandonar Rumanía. Por su estado hasta dudo que funcionara.

En este punto hay que alcanzar a comprender la situación anímica de todos nosotros, para luego entender mejor las reacciones humanas y sus actos. Nos encontramos recién llegados a territorio rumano cuatro personas cansadas de kilómetros y de horas dentro de la AC y empezamos a circular por una de las típicas carreteras-batidoras rumanas. A pesar de estar todos nosotros acostumbrados a viajar y hacer kilómetros, el cansancio – sobre todo psicológico- finalmente acaba haciendo mella, como después veremos.

En un pueblo próximo a la frontera nos detenemos a cambiar dinero y a experimentar nuestro primer contacto con la sociedad rumana.



En la frontera

Descripción del pueblo en cuestión; la carretera entra primero recta y luego realiza una curva donde las casas se separan un poco, en ese punto se situaba el cogollo del pueblo, debía ser por una mayor amplitud. Allí se encontraba el Ayuntamiento y próximo a su puerta aparcado un coche de policía –no se si porque también en aquel lugar se ubicaba la comisaría o porque el agente decidió simplemente aparlo allí-, dos bancos, una tienda de comestibles y un bar. Las calles carecían de aceras y no estaban asfaltadas, por lo que dada la fecha del año y el calorcito reinante se traducía en una palabra, “polvo”.

Isabel y los chavales entraron en uno de los bancos y yo me quedé en la puerta observando el panorama. Aquello parecía un pueblo del Oeste, las leves ráfagas de viento levantaban a ras de suelo una pequeña nube de partículas y sólo faltaban las bolas de matorral rodando por la calle. El pueblo por tener tenía hasta cojo, una persona de aspecto sucio deambulaba por la calle, portaba unas muletas de un modelo ya descatalogado en nuestra Seguridad Social. Son aquellas que se apoyan en los sobacos y las manos lo hacen a media altura.

El cojo en cuestión da palique a diestro y siniestro. De la puerta del banco salen dos motoristas alemanes, hombre y mujer, que como nosotros habían entrado a cambiar dinero. Allí mismo se ponen a contar el dinero, el cojo, ni corto ni perezoso, realiza un sprint muletero hasta ellos y extiende la mano mendigando alguno de los billetes que tiene a la vista. Los alemanes salen por piernas y creo que marcaron un record hasta su moto.

El rumano impedido se queda con cara de contrariedad y en ese momento su mirada se cruza con la mía. Este me va a dar el brasa, pienso. Le lanzo una mirada a lo Clint Eastwood para espantarlo, se queda mirándome y finalmente se da la vuelta. Soy la leche, pienso, pero pronto descubro la verdad. Detrás de mi se sitúa el guardia-armario del banco y profesor de interpretación de Clint Eastwood, así como de lucha para Van Damme.

Le saludo y su boca se mueve dos milímetros. En ese instante salen del banco mis ruidosos hijos junto con su madre. Nos vamos a la AC para distribuir el dinero entre nosotros.

Mi idea era un camping con piscina que tenía localizado y así descansar por lo menos un día del agotador viaje, al mismo tiempo serviría para calmar los ánimos. Las siguientes horas fueron un cúmulo de sorpresas, chocamos directamente con la Rumanía rural y pobre de verdad. Esto, unido al cansancio del viaje, provocó una verdadera explosión.

PRIMER CONTACTO CON LAS CARRETERAS RUMANAS

Después de la visita al Banco, consulto el mapa y localizo el pueblo donde se sitúa el camping de nuestras ilusiones. Luego introduzco en el tom-tom las coordenadas y sorprendentemente el aparatito, después de avisarme que la información ofrecida es parcial, localiza el lugar. Cotejo la ruta en el mapa y observo que después de circular por una carretera roja -principal-, debemos abandonarla para alcanzar el camping, circulando durante unos 40 kilómetros por carreteras amarillas y finalmente por una amarilla dibujada en el mapa algo más estrecha.

Con más o menos ánimo iniciamos la marcha. Los primeros kilómetros son por un firme defectuoso pero en general aceptable. El traqueteo es soportable. Pero entonces llega la “fiesta”, nos desviamos de la carretera principal y el asfalto va pasando de malo a peor. Según nos alejamos de la carretera “roja”, los pueblos y algunas personas van surgiendo como sacados de alguna foto de Las Hurdes en los años 30. Mi familia empieza a revolverse.

La carretera progresivamente va empeorando, el mil veces parcheado asfalto se mezcla con trozos donde directamente desaparece y la guinda la encontramos cuando, en las proximidades de algún pueblo aparecen los adoquines. Debe tratarse de algún vestigio de las calzadas romanas o de una época más próxima, digamos por ejemplo la correspondiente a Vlad Tepes. Las vibraciones y el ruido dentro de la AC son de impresión, creo que no existe un solo tornillo que no lance al aire su lamento.

Al estado de la carretera hay que sumarle las carros tirados por caballos, las personas andando o en bicicleta y algún que otro camión a toda pastilla, comprobando la resistencia de sus ruedas. No me extraña que en este país existan tal cantidad de “Vulcanizare” (Talleres de reparación de ruedas). En definitiva la velocidad media puede ser de 30 kilómetros/hora.



Después de un tiempo que no sabría determinar, alcanzamos un cruce donde observo un cartel de madera semi-tirado y en el que aparece escrito a mano el nombre del pueblo al que nos dirigimos y la distancia que resta, 5 kilómetros, al mismo tiempo el tom-tom repite insistentemente “gire a la izquierda”. Pero cuando observo la “carretera” me quedo ojo plástico, por supuesto ni rastro de asfalto, unos agujeros del tamaño de un cráter de una bomba de mediana potencia y un ancho de calzada como para una AC y media. Me quedo detenido en medio de aquel cruce, mientras todos nosotros observamos “aquello”.

Tengo que salir de mi abstracción cuando observo por el espejo retrovisor a un camión aproximarse a “toda marcha”, continuo adelante. Por suerte a unos cientos de metros surge una desvencijada gasolinera y salgo de la carretera.

Una vez detenidos en un pequeño aparcamiento anexo al establecimiento, comienzan las deliberaciones. Como el nerviosismo es evidente, opto por bajar a preguntar. Con el mapa en la mano me dirijo a la gasolinera, que más bien parece sacada de una road-movie americana rodada en pleno desierto y donde el empleado es un barbudo con

pantalón vaquero de peto. En este caso aquello era la Rumanía “profunda” y el empleado un orondo rumano con bigote.

Antes de empezar a hablar pienso en que idioma hacerlo, el inglés supongo que ni le sonará. Primero lo intento en castellano y en “internacional-gesto” y él me contesta en rumano. Al final, termino dando las gracias a los hijos de Roma que pasearon sus sandalias por estos lares, nuestra común raíz lingüística latina nos ha permitido entendernos en lo esencial.

El amable gasolinera me dice que la carretera que debo tomar es la que he dejado atrás, está destrozada por el transito continuo de excavadoras y camiones pesados para no sé qué obra, pero dice que se puede circular. Le digo que mi AC no es un todo-terreno y se ríe.

Mostrándole el mapa, le pido que me diga la mejor forma de regresar a una carretera “roja”. Según él, no me interesa volver por donde he venido y me indica en mi mapa una dirección por donde no hay carretera. Luego me muestra uno colgado de la pared y su dedo índice se traslada por una carretera “blanca”, lo único que le pregunto es si está asfaltada y me responde con algo parecido a un “por supuesto”.

Regreso al “navío”, donde el motín está a punto de estallar. Cuando les informo a mis hijos que se van a quedar sin piscina y que no hay camping, el motín de la “Bounty” era una anécdota en comparación con su reacción. Isabel trata de calmarlos, pero a la vez me atiza por detrás.

Entonces adopto la postura “heroica” –aunque ni yo mismo estaba convencido de ello-, había que salir de allí y “todos” teníamos que remar en la misma dirección, únicamente de esa forma lograríamos vencer todas las dificultades. Parecía un entrenador en el descanso de un partido cuando su equipo pierde por goleada.

Con el grupo apaciguado, pero física y psicológicamente agotado, continuamos. El tom-tom nos ayuda en el camino a seguir, pero la carretera sigue siendo horrible y los pueblos, a pesar del radiante día, lucen tristes. Creo que fue la zona de Rumanía más depauperada que tuvimos ocasión de contemplar, acrecentada sin duda por tratarse de la

primera visión que teníamos del país. Quizás si la entrada hubiera sido por el Sur-Oeste para continuar por el Centro-Sur (zonas éstas más desarrolladas), dicho periodo de adaptación nos habría servido para ver aquellos lugares de forma distinta.

El tiempo se ha detenido o por lo menos no tengo conciencia de él, solo trato de esquivar agujeros, pero el sol corre a esconderse por el horizonte. No quiero ni pensar en circular por aquellas carreteras de noche, antes pararé en cualquier pueblo a pasar la noche. La sugerencia a la tripulación para buscar un lugar donde pernoctar, en otros momentos hubiera sido una situación normal ya que es algo que hacemos habitualmente, pero en aquellas circunstancias era un chispa para encender de nuevo la llama.

En ese contexto veo un cartel sorprendente salido de la nada, camping-pensionea, sin pensarlo dos veces busco la entrada.

La alegría inicial enseguida se diluye cuando observamos el establecimiento, el cual no tiene nombre alguno que lo identifique. Era un vulgar aparcamiento con piso de cemento, donde los hierbajos asomaban entre sus juntas. No tenía servicios de ningún tipo, bueno sí dos duchas sin techar al aire libre. Además, el fulano creo que adivinó en nuestros rostros una tensión de la que quiso aprovecharse: 25 euros la noche. Una cantidad desorbitada y el mayor precio que pagamos en toda nuestra estancia en Rumanía. Una vergüenza, pero es lo que había.

En honor a la verdad y a los rumanos en general, posteriormente encontramos gente encantadora regentando establecimientos fruto de su iniciativa y esfuerzo, donde el afán por agradarnos era todo un ejemplo para otros empresarios del sector, digamos ubicados más cerca de nuestra casa.

La negociación acaecida en aquel perdido lugar durante la cena, fue digna del más duro enfrentamiento entre patronal y sindicatos. Se llegó incluso a plantear volver, sin siquiera haber visto Rumanía. Lo primero que se acordó fue buscar, al día siguiente, un camping con piscina y descansar. Las iglesias de madera y los monasterios, muy a mi pesar, quedaban relegados. Llegar hasta ellos, a la vista de las carreteras, exigía un esfuerzo en horas de conducción y de estancia en la AC considerable, por lo que la

tripulación no estaba por la labor. El viaje se modificaba y se visitaría el Centro y Suroeste. Los desplazamientos serían de un máximo de tres horas diarias y las pernoctas deberían ser consensuadas entre todos.

En esta situación todos mis acompañantes se marchan a dormir y yo comienzo a diseñar la ruta del día siguiente. Finalmente creo encontrar lo que mis hijos exigen, el lugar en cuestión se encuentra en el centro del país y en una zona con idea de visitarla al detalle, se llama Sighisoara y es el pueblo natal de Vlad Tepes o Dracul. Solo existe un pero, está a casi 400 kilómetros de donde nos encontramos. Habrá que negociarlo.

Antes de apagar la luz, observo por la ventana a nuestros dos únicos compañeros de aparcamiento, una furgoneta de suizos y otra de holandeses. Mañana será otro día.

CAMINO DE TRANSILVANIA

Nos despertamos con una soleada mañana rumana. Por lo menos el tiempo meteorológico nos respeta y de hecho, nos acompañaron unos espléndidos días durante todas las jornadas que estuvimos en Rumanía. Con una temperatura entre 25-27 grados por el día, bajando hasta los 19-20 grados por la noche, cuando en el resto de Europa aguantaban una ola de calor histórica. Únicamente dos días, ambos en zonas montañosas, surgieron nubes de tormenta que nos restringieron un poco el plan.

Después de un desayuno animado y con todos preguntándome sobre el destino elegido, comencé a exponer las alabanzas del lugar. Las caras se relajan y cuando quieren saber donde está, lanzo la bomba.... la respuesta es Pim, Pam, fuegos artificiales.

Isabel, que siempre ha tenido más mano izquierda, calma a la tropa. Para ello establece turnos de 30 minutos en el asiento del copiloto, de esa forma irán más entretenidos –si algo tienen las carreteras rumanas es que no son nada aburridas-. El asiento del piloto lo ocupo yo a tiempo completo, ya que la segunda conductora se me ha dado de baja

mientras estemos en Rumanía. Otra de las promesas-ofertas de mi mujer es que jugará con ellos a cartas y al parchís (magnético por supuesto), cuando la carretera lo permita (ja, ja). Esta última propuesta yo no la firmaré ni loco.

Con esas premisas nos ponemos en camino. Una línea roja se dibuja en la pantalla del tom-tom, el resto de la misma es “terra incógnita”, no hay datos. La última actualización del programa es de Junio, pero supongo que en Rumanía las actualizaciones van sobre la marcha.

A pesar del poco tiempo que llevamos en el país, voy cogiendo la vuelta a la denominada conducción eficiente y ésta se llama tranquilidad. Una vez que se consigue superar esa fase, lo que se puede ver a través del parabrisas es toda una experiencia sociológica. Contemplar, sin tensión, los pueblos y sus gentes, los vehículos de otra época –tanto a motor de gasolina como animal-, las diversas especies animales que pululan por las carreteras y sus alrededores y el paisaje en general, es algo interesante hasta en el aspecto educativo.

Cuando entramos en un pueblo e invariablemente nos detenemos para dejar pasar una cuadrilla de gansos seguidos de la persona que los cuida, saludar a varios niños que levantan sus brazos o simplemente esperar a que un Dacia con treinta años a sus espaldas y con el techo cubierto de bultos termine de aparcar ocupando toda la calzada con su maniobra, le digo a mi hija: “Esto es más entretenido que la Nintendo”. Increíblemente me contesta con un “Sí”.

En nuestro camino cruzamos un puerto de montaña, menos mal que el ancho de la calzada aumenta y podemos adelantar a determinados vehículos-tortuga. Es curioso, pero por ejemplo las curvas en los puertos son de un ancho de cuatro carriles, por supuesto sin pintar, la pintura estará volatizada junto con el asfalto u oculta bajo los diversos parches. No sé cual será la razón para ello, misterios de Transilvania, que es la región a la que nos vamos aproximando.

Los coches y camiones rumanos, así como la carretera van mejorando sensiblemente. Ya no vibran ni chirrían los 200 tornillos de la AC, ahora sólo lo hacen 150. Nooo, no seáis mal pensados, no es que los otros 50 se hayan caído después de aflojarse por

completo. Afortunadamente debo agradecer a los operarios de la cadena de montaje de McLouis, que el día que montaron los armarios y ajustaron los tornillos lo hicieron a conciencia. Todos los elementos de la AC volvieron íntegros. Por lo que puede decirse que pasaron con sobresaliente el “Control de Calidad Rumano”, uno de los más exigentes a nivel mundial; el de la CEE, para Rumanía no está homologado.

Mientras conduzco, varios kilómetros más adelante observo una cosa que me llama la atención, le pido a mi hijo -copiloto en ese momento- que adelante la ruta en el tom-tom para ver qué aparece. El chaval, como todos los de su edad son unos genios con una maquinita electrónica en sus manos, con dos pulsaciones sobre la pantalla táctil responde tranquilamente: “Una autopista”.

Me llevo una sorpresa mayúscula, en el mapa no me había parecido ver nada de eso. Le pido que consulte el “papel doblado”. Aquello le cuesta algo más, las viejas tecnologías se le resisten. Al final no encuentra ninguna autopista en el mapa y me lanza el comentario tecnológico, “este mapa no vale para nada. Está desactualizado, el tom-tom tiene una versión de Junio”. Al mismo tiempo pulsa nuevamente sobre el aparatejo y dice ufano, “la autopista solo dura veinte kilómetros, luego se acaba”.

Cuando circulamos por la “Autopista Transilvanica” me doy cuenta que efectivamente es de una versión de hace pocos meses. Un área de servicio tiene señalizada su entrada y salida, pero sin embargo no existe más que un solar. De todas formas volver a conducir escuchando únicamente el ruido del aire sobre la AC, es toda una agradable sensación.

La citada autopista es un proyecto para unir el mar Negro (mercancías llegadas por mar) y Bucarest con la frontera Húngara, atravesando Rumanía de Sureste a Noroeste. De momento en el centro de Rumanía tiene veinte kilómetros.

Después de ni sé las horas de conducción, con paradas cada cierto tiempo, no era cuestión de volver a explotar. Llegamos a Sighisoara y empezamos la búsqueda de “El Dorado”; bueno, en este caso, se llamaba “Aquaris”. El lugar en sí se denomina Camping, pero en realidad se trata de la piscina del pueblo que los dueños han adaptado a la demanda. Un pequeño terreno con hierba y grava, anexo a las instalaciones, lo han adecuado para las ACs y campers. Su capacidad es para unos 8-10 vehículos, con

conexión eléctrica, agua y vaciado de negras. Las duchas y baños de la piscina tienen doble función, bañistas y campistas. Las tiendas de campaña las ubican en una zona próxima o en ocasiones encima de un campo de fútbol de hierba –que también forma parte del “complejo”-. También existen unas mesas de ping-pong.

La visión de todo aquello para mis hijos, después de lo acontecido, era como estar a la vez en la Warner y Port Aventura. Si además le sumamos que había Wi-fi gratis, y que podíamos usarlo desde la AC, o lo que es lo mismo: juegos, correos con los amigos y un largo etc. aquello ya era también Eurodisney.

Hablamos con la encargada, que dominaba perfectamente el inglés, y sobre todo tenía muchísimas ganas de agradar. Nos dijo que también eran propietarios de una Pensión. Se trataba de una casa prefabricada de dos-tres alturas, con una fachada imitación a madera de un color blanco. Bastante bonita y sobre todo con apariencia de nueva y cuidada. Empezábamos a encontrar verdaderos “emprendedores”, aunque lo más importante si cabe es que eran amables. Palabra ésta que brilla por su ausencia entre determinadas personas de algunos países digamos del “Este”.



Camping de Sighisoara con la iglesia ortodoxa

Cuando le preguntamos el precio nos llevamos una agradable sorpresa, todo nos salía al cambio por unos 12 Euros/día. Ante semejante precio la reacción de mis hijos es la de tomarse 7 días de piscina-fútbol-ping-pong-internet y vuelta a empezar. Tengo que echarles el freno. Pero para la cena se vislumbraba una dura negociación colectiva.

Efectivamente nuestros “sindicalistas” presionan a la “patronal”. Hay que aclarar que ésta no forma un bloque homogéneo en todas sus posturas y por esas brechas atacan sin piedad. Cuando veo peligrar el resultado de la batalla, adopto una táctica mil veces utilizada en nuestras negociaciones, “a la cama, mañana hablaremos”. “Deja para mañana lo que puedas perder hoy”, podría ser el refrán-consejo.

Una última concesión a nuestros hijos es contemplar los cientos de estrellas que han ido surgiendo en el cielo. Después, las luces de la AC se apagan.

VISITANDO EL PUEBLO DE DRACULA

Comenzamos un día de tumbing-relax. La piscina es una especie de foso de castillo, ya que desde el borde la misma hasta la superficie del agua por lo menos hay casi dos metros de altura. La sensación cuando se desciende por las escaleras es la de bajar a un pozo.

Por la mañana nos encontramos con un cursillo de natación para niños entre 5 y 10 años. Antes de meterlos al agua realizan un calentamiento, cuyos ejercicios recuerdan a las celebraciones deportivas de los años 40 retratadas en el NODO. Brazos en cruz, subirlos rectos sobre la cabeza, luego estirarlos de frente, saltar moviendo a la vez brazos y piernas etc. Curioso.

Otro servicio que utilizamos ese día, y también los posteriores de estancia en Rumanía, fue el Wi-fi de Internet. A pesar de ser algo ya habitual en nuestras vidas, cuando estás de viaje te das cuenta de su gran utilidad. Poder comunicarte con un portátil desde una AC en medio de Transilvania, con cualquier parte del mundo, es algo impresionante.

Todavía recuerdo cuando empecé a viajar fuera de nuestras fronteras y entonces la única posibilidad de comunicación eran las cabinas de teléfono. ¡Cómo hemos cambiado; como dice la canción.

La jornada la amenizamos con un par de viajes a un puesto de Kurtos kalács que había en la calle de entrada a la piscina. Nos atiborramos de esa especie de tubo de harina fermentada con canela y almendra. Preguntamos a la encargada del camping por dicho dulce y nos dijo que era húngaro, pero que se vendía mucho en Rumanía. Como suelo ser bastante curioso, me informé sobre la historia de ese dulce y nuestra amiga rumana tenía gran parte de razón, pero no toda.

El Kurtos Kalacs también se denomina Torta de Boda de Hungría, y es uno de los dulces de pastelería más famosos de Hungría. En la actualidad, se identifica con este país porque es donde verdaderamente se desarrolló. Pero su origen se encuentra en Transilvania, precisamente donde nos encontrábamos, y fue concebido entre la abundante población húngara que existía en dicha región. Por lo que aunque nació en Rumanía, lo crearon los húngaros.

A lo largo del día, a propuesta de nuestros hijos, sopesamos la posibilidad de utilizar más campings o zonas de acampada en condiciones, el resto de los días de estancia en Rumanía. Sobre todo debido al precio en relación con los servicios ofrecidos. Acordamos que si el coste era entre 12 y 15 Euros/día, utilizaríamos el camping.

Cenamos los últimos de todas las ACs y campers. Como no hemos cambiado la hora, seguimos el ritmo hispano de comidas y cenas. Sentados en el exterior y con una temperatura excelente, contemplamos el cielo estrellado y la iluminada cúpula de la iglesia ortodoxa.

Al día siguiente, sin madrugar, salimos del “Resort” y nos encaminamos a visitar Sighisoara. Lo primero que encontramos es la iglesia ortodoxa. Siempre me han atraído estos templos, primero porque suelen ser bastante llamativos estéticamente hablando y luego, también, porque tienen ese halo romántico de estar a las puertas de Oriente.

Entramos en el templo, con las sillas situadas en los laterales y dejando libre el espacio ubicado bajo la nave central. Las velas de peticiones, con el fin de evitar deteriorar las

pinturas de las paredes, están en el exterior. Por fuera el templo es de un blanco inmaculado con la cúpula y los techados en negro.



Casas de Sighisoara

Cruzamos el río por un puente peatonal, desde donde se tiene una visión magnífica del casco antiguo de ciudad situada en un alto y que es donde se asentaba la ciudadela, declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. A la vera del río, vemos un Banco y como unos brokers comprobamos la cotización Leu o Rom-Euro. Está mejor que nuestro anterior cambio, así que entramos.

Tras concluir con el apartado financiero continuamos la visita e iniciamos la subida a la ciudadela. En el camino las dos féminas del grupo, realizan un pormenorizado estudio de los puestecillos y tiendas que nos encontramos. Sobre los vendedores turísticos, he

de decir que a diferencia de los que se encuentran en los países musulmanes, aquellos no actúan sobre el cliente de forma insistente, sino que dejan a los posibles compradores observar tranquilamente sus productos.

La puerta más importante de acceso se encuentra bajo la denominada Torre del Reloj. Una calle adoquinada llega hasta ella. En un lateral de la misma se sitúa un tejadillo a modo de alero, que apoyado sobre unos pilares de madera, parece servir de pasillo para proteger a los caminantes de las inclemencias meteorológicas.

Lanzando la mirada hacia arriba se puede observar la impresionante torre. La verdad es que esa visión, a pesar de existir un sol radiante, provoca una sensación un poco terrorífica. Con un cielo gris y lloviendo o nevando, no me extraña que a Bran Stoker aquellos lugares le inspiraran para escribir una novela de terror como Drácula. Si a ello le unimos un personaje tan peculiar como Vlad, la conjunción es perfecta.



Casa natal de Drácula y Torre del Reloj

En cuanto a Vlad podemos realizar unos pequeños comentarios sobre su “curiosa personalidad”. Unos lo conocían por Draculea (hijo del Dragón o del Diablo) y otros como Tepes (Empalador). Su afición a deshacerse de sus enemigos de esa forma tan bestia, le viene de cuando su padre –en virtud de un acuerdo con los turcos- tuvo que enviar a Estambul a sus dos hijos. Vlad y su hermano pasaron una temporada en la capital otomana. Allí, en lugar de aprender idiomas, descubrieron la sana costumbre turca de empalar a los prisioneros. Supongo que los turcos se arrepentirían una y mil veces de haberle enseñado esa tradición de su país, porque más adelante el bueno de Vlad haría lo mismo con miles de ellos. En cierta ocasión, tras ganar una batalla, empaló a todos los prisioneros turcos que tuvieron la desgracia de caer en sus manos; y envió una carta al rey de Hungría –su aliado por aquel entonces- relatándole que había mandado al otro barrio a 23.577 prisioneros, ¡el muy sádico los había contado uno a uno;

Pasando a cuestiones más agradables, cruzamos el arco situado bajo la propia torre del Reloj y que da acceso a la plaza Muzelui. La torre tiene unos muros inferiores de más de dos metros de grosor y el carillón del reloj un desfile de estatuillas de madera de casi un metro de altura; el verdugo y el tamborilero dan la hora. Se puede subir hasta el mirador de la última planta y ver las figuras junto a su mecanismo. Interesante.

Una vez llegados a la propia plaza Muzelui, el nivel de decibelios utilizado por nuestros hijos a la hora de comunicarse, provocan que todos los que se encuentran allí, además de ver claramente que somos turistas por nuestra indumentaria, ahora ya saben que somos españoles.

Por una las calles adyacentes a la plaza donde nos encontramos, hace su aparición una novia vestida con un largo traje blanco y su novio. Junto a ellos dos fotógrafos y el ayudante. Estos serán los primeros de unos cuantos novios con los que coincidiremos en nuestro viaje. Hemos visto bodas o novios posando en todos los países por los que hemos pasado. Mis hijos se partían de risa y decían: “Mira, otra boda”.

La novia al cruzar junto a nosotros, no sé si porque había escuchado desde la lejanía a nuestra particular megafonía o simplemente porque lo intuyó, se dirigió a nosotros en castellano. Trabajaba en España y había venido a casarse con su novio rumano. Ambos

confiaban en poder vivir juntos en España. Asimismo nos indicó cual era la casa de Vlad Tepes y el resto de las cosas más interesantes para ver en Sighisoara. Mientras tanto el novio, a ratos permanecía a su lado y en otros momentos daba conversación a los fotógrafos. Éstos esperaban con cara de no entender nada. La escena era surrealista, una novia hacía de guía turística a unos tipos con pantalones cortos y camiseta. Supongo que todo el mundo pensaría que éramos “unos amigos españoles de la novia”.

Después de un rato de cháchara, y a la vista del entretenimiento gratuito que estamos provocando en la plaza, damos la enhorabuena a la novia, le deseamos lo mejor y nos despedimos. Uno de los fotógrafos hasta nos dice “adiós”. Sólo les faltó invitarnos al banquete

En una esquina de la misma plaza Muzelui se encuentra la casa natal de Vlad Dracul, un edificio de dos alturas con una fachada pintada de naranja claro y por supuesto la mejor conservada de todas. En su interior se ubica un bar y un restaurante. Ni que decir tiene que aquel lugar es el centro de las miradas y fotografías de todos los turistas que por allí estamos. Quién le iba a decir a Vlad que tendría semejante popularidad y admiración, cuando su vida precisamente no la pasó haciendo amigos.

Nuestra siguiente visita era la Iglesia de la Colina, con tan elocuente nombre es evidente donde se situaba. Para acceder a ella lo hacemos a través de una escalera con 172 escalones y cubierta tanto en los laterales como en su techado con madera. Más bien parece que asciendes por un túnel. Las escaleras, en sí, son lo más interesante o por lo menos curioso. Arriba aprovechamos para comer algo, ¡junto a un cementerio alemán! Está visto que en mi familia el comer es una prioridad estés donde estés.

Después de llenar tranquilamente el estómago, bajamos a la plaza Cetatii, el epicentro social del pueblo en el pasado. Allí se celebraban mercados y ferias de todo tipo, ejecuciones, empalamientos, procesos de brujería... vamos lo normal.

Por último vemos la torre de los Orfebres, parece ser que llevaba el nombre del gremio que la defendía. También estaban las torres de los sastres, carpinteros y hojalateros, los únicos que tenían sus talleres dentro de la ciudadela. Los enchufados les llamaríamos hoy en día. La torre, al igual que otras muchas en diferentes fortificaciones de Rumanía,

tiene una escalera de madera exterior colgada del muro y cubierta con una tejavana de madera, que asciende hasta una puerta en la fachada situada en el segundo piso. La verdad es que parece una escalera de emergencia, pero no alcanzo a comprender que interés tenía hacerla por el exterior de la torre en lugar de por el interior.

Callejamos un poco y finalmente salimos de la ciudadela hacia la plaza Hermann Oberth. Donde en uno de los cafes-bar, totalmente modernos y occidentales, nos tomamos unas bebidas sentados tranquilamente en una terraza y disfrutando de una temperatura magnífica. El precio, supongo que caro para la generalidad de los rumanos, nos resultó económico. Más adelante las compras en tiendas, verdaderamente rumanas, fueron para dejar propina y compensar de ese modo los precios, ayudando al mismo tiempo a aquellas personas.

El final del día lo disfrutamos jugando unas partidas de ping-pong y tomando un bañito antes de cenar. Al día siguiente nos esperaban las iglesias fortificadas sajonas y la AC, después del merecido descanso, volvería a saborear las carreteras rumanas.

LOS PUEBLOS SAJONES

Antes de iniciar las visitas a los pueblos sajones, tenemos un pequeño intercambio de opiniones sobre la conveniencia de quedarnos una noche más en aquel camping o por el contrario buscar otro sitio donde pernoctar. Finalmente, en parte debido a la cercanía de dichos asentamientos y sobretodo por complacer a nuestros hijos, decidimos dejar para el día siguiente la despedida de aquel lugar.

La historia de los pueblos sajones se remonta al siglo XII, cuando un rey húngaro trajo colonos procedentes de la zona de Franconia (Alemania occidental), con el fin de repoblar regiones de la Rumanía central. En los siglos XV y XVI la amenaza de los turcos obligó a los sajones a protegerse. Para ello fortificaron sus iglesias –normalmente consistía en una muralla que rodeaba la misma-, resguardándose en su interior a modo de castillo cuando se producían los ataques otomanos.

El motor de la AC vuelve a tener vida después del periodo de descanso y regresamos a un escenario ya conocido por todos, las carreteras rumanas. Aunque en esta ocasión y después de haber superado el periodo de adaptación nos enfrentamos a ellas sin problemas reseñables. El estado de la vía al pueblo sajón de Biertan, tras abandonar la carretera principal, es como todas las calzadas secundarias, algo “movidita”.

Después de un corto recorrido, llegamos a los alrededores de Biertan. La carretera atraviesa el pueblo, pero fuera de ese asfalto las calles muestran su cara veraniega, polvo en suspensión. Junto a una plaza y a las puertas de la entrada a la iglesia-fortaleza aparcamos la AC. No tenemos ningún problema de aglomeraciones, falta de aparcamiento o colas interminables. Estamos ante un Monumento declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco y vamos a poder disfrutarlo casi en privado. Antes de la llegada de un autobús de italianos, justo cuando terminábamos la visita, llegamos a estar unas ocho o diez personas dentro del recinto.



Pueblo de Biertan

El templo de Biertan tiene una peculiaridad, respecto al resto de las iglesias fortificadas sajonas, y es que posee una doble muralla de protección. Desde la puerta de la primera de ellas se accede, a través de una típica escalera cubierta por una estructura de madera, al recinto propiamente dicho. Allí es posible observar todo el pueblo que rodea el perímetro amurallado. Alrededor de la casas, con la típica estructura de tejados a cuatro aguas, se pueden observar las suaves colinas y el verde de sus campos.

Una torre o bastión de la muralla posee una curiosa historia, podemos denominarlo el método anti-separación conyugal. El matrimonio aquejado por una crisis matrimonial era encerrado allí, donde solamente existía una cama y un único juego de cubiertos. Parece ser que la formula daba sus frutos y un numero considerable de parejas, después de pasar una temporadita en tan idílico lugar, continuaba manteniendo su vinculo matrimonial. Desconozco si existían otras “razones”, más persuasivas, para aconsejar al matrimonio de continuar con su vida en común.



Torre defensiva muralla de Biertan

Entramos en la iglesia con el fin de admirar una más de sus maravillas. No se trata en este caso del retablo, ni de alguna de sus bóvedas o arcos, es simplemente una puerta, bueno más concretamente su cerradura. En la sacristía se guardaban todos los objetos de valor del pueblo en caso de ataque enemigo. Para proteger esa importante sala, el cerrajero del lugar -un auténtico genio- diseñó y construyó un sistema con 19 mecanismos de cierre, el resultado fue una autentica puerta blindada. Esta obra tan magistral fue llevada a la Exposición Universal de Paris de 1900, donde obtuvo un primer premio. Imaginamos que todos los grandes bancos de la época, tomarían nota del referido diseño a la hora de construir las puertas de sus cajas fuertes.

Después de un buen rato disfrutando de una visita relajada y tranquila, con nuestros hijos sorprendentemente entretenidos con las historias de aquel lugar, abandonamos la iglesia-fortaleza. En el exterior dos puestos, uno de souvenirs y otro de alimentación, en este último compramos un bote de miel. Teníamos en mente la compra en Bulgaria unos años atrás y dada la proximidad suponíamos que aquella tendría que ser igual de deliciosa. No nos equivocamos.



Puerta acorazada sacristía de la Iglesia de Biertan

Tras el episodio histórico-cultural, pasamos a impregnarnos del ambiente social del pueblo y nos dedicamos a pasear por sus calles ó caminos polvorientos, según se mire. Observamos casas abandonadas junto a otras más o menos en pie y entre medio de todas ellas algunas increíblemente lujosas para aquel lugar. Me imagino que la rehabilitación habría sido realizada con la famosa partida de “Subvención Western Union”.

Cruzamos junto a lo que aquí, con mucha generosidad, llamaríamos “Centro de Salud de Ámbito Rural”. En aquella población se trataba de una casa de planta baja, y a juzgar por lo que vimos desde la puerta, con escasos recursos en cuanto a atención sanitaria se refiere. En esos momentos una mujer mayor, con un fuerte golpe en su cara, intentaba ser trasladada en una silla de ruedas -de cuatro pequeños ruedines- hasta un coche particular aparcado en la calle. El Centro sanitario no había sido diseñado teniendo en cuenta las barreras arquitectónicas, por lo que salir a la inexistente acera ya fue toda una odisea. Desplazar el referido artilugio con ruedas, por un terreno con abundantes piedrecillas y agujeritos de todo tipo, exigió una destreza fuera de lo común. Pero finalmente, las cuatro personas y el enfermero encargados de la tarea salieron victoriosos de la prueba y la pobre mujer pudo descansar en el asiento del vehículo, antes de salir rauda y veloz hacía un hospital cercano.

Isabel al observar dicha escena me dice: “Si me pasa algo, a mi me metes en un avión y me mandas para casa”. A lo que le contesté: “¿Has visto algún aeropuerto por aquí?”.

Compramos un poco de comida en una tienda tipo “ultramarino” y tomamos en tentempié junto a tres criajos de no más de ocho años. Estos habían obtenido unos cafés de una deslumbrante maquina ubicada en el establecimiento y que no pegaba ni con cola con el resto del mobiliario, era como poner un teléfono móvil en un cuadro costumbrista flamenco. Pero disfrutamos viendo la cara de felicidad de los chavales mientras degustaban la oscura infusión. Cuando terminaron, me dieron ganas de invitarles a otra ronda.

Nuestra idea era visitar también Richis, un pueblo sajón situado a escasos cinco kilómetros de donde nos encontrábamos, pero la hora del día y la presión de nuestros hijos respecto a la despedida de la piscina, nos hicieron regresar a Sighisoara.

Sentado tranquilamente en el cómodo “sillón” plegable con apoya brazos y con una cerveza sobre la mesa, estudio los destinos que nos esperan los próximos días. Levanto la vista y observo la cúpula del templo ortodoxo, al mismo tiempo miró el vehículo que nos traído hasta aquel lugar, nuestra AC; un sentimiento mil veces experimentado con anterioridad vuelve a manifestarse una vez más; viajar en autocaravana es algo increíble y sobre todo diferente a cualquier tipo de viaje.

HACIA UNA SOPRENDENTE MARAVILLA: PREJMER

De nuevo en camino. Abandonamos Sighisoara y en concreto un lugar que nos ha servido -a todos- para seguir afrontando el viaje con normalidad. Cada uno hemos vuelto a ser lo que somos y el alma viajera reaparece nuevamente en nosotros. Como diría Isabel, en mi caso esa áurea es difícil de hacerla desaparecer.

Nuestro plan para ese día era visitar Viscri, otro pueblo sajón asimismo Patrimonio de la Humanidad, para continuar en dirección a Brasov. Pero los viajeros planeamos y el destino dispone.

En un arrebato de confianza, dejo la técnica a un lado -léase GPS- y decido lanzarme a la carretera teniendo como único acompañante el ruido producido por el asfalto rumano, olvidando por unos instantes la metálica voz de “gire a la izquierda”. El pueblo sajón de Viscri se encuentra en la carretera entre Sighisoara y Brasov. Únicamente hay que desviarse unos siete kilómetros, por lo que la ayuda del aparatito, en esos momentos, no es tan necesaria. Se trata de un retorno al pasado y a la conducción de siempre, esto es, fijándose en los carteles.

La carretera no es buena, pero tampoco mala, está en un punto intermedio, lo cual permite conducir sin demasiados problemas. Eso sí, el entretenimiento al cruzar los pueblos sigue inalterable. Animales, personas, bicicletas y carros se suceden en cada población. También lo hace en algunas ocasiones algún solitario coche de policía, que oculto trata de pillar a ciertos conductores que creen estar corriendo el Paris-Dakar.

Después de un tiempo de conducción, realizó un cálculo mental de distancia y tiempo, y éste arroja un dudoso resultado: Tendríamos que haber llegado al cruce de Viscrí. Decido detenerme en el primer lugar donde exista un cartel. Esto sucede en un cruce con una pequeña explanada anexa más que apropiada. Cuando me dispongo a realizar la maniobra, observo a dos profesionales del amor situadas estratégicamente junto a la carretera. Si paro no van a pensar que quiero preguntarles cómo se llega a Viscrí, por lo que aceleró nuevamente y continuo la marcha. A través del retrovisor observo como miran extrañadas la AC.

Al poco rato encuentro un sitio más adecuado para comprobar dónde estamos. Con el mapa entre las manos, busco alguno de los nombres que he podido observar en los carteles del cruce. Mientras tanto mi hijo ha encendido el GPS y lo maneja a una velocidad endiablada. “Viscristá a treinta y tres kilómetros, restándole siete, nos hemos pasado veinte y seis kilómetros”, acaba sentenciando. Le miro con cara de pocos amigos. Ya no puedo hacer creer al resto de la familia que tenemos que dar la vuelta “solamente un par de kilómetros”. Cincuenta y dos kilómetros en las carreteras rumanas son casi una hora más de conducción, empiezo a ver como Viscrí se aleja en el horizonte.

Maldigo una y otra vez mi torpeza, ¿cómo no he podido ver el cruce? Decido dar por perdido a Viscrí y me centro en buscarle sustituto. Lo encuentro en otro pueblo sajón, el cual tiene una interesante iglesia-fortaleza, el sitio se llama Prejmer. Desde luego, dicho lugar estaba en nuestra lista de visitas, pero la forma en la que decidimos afrontarla, casi sin un interés especial, nos provocó una mayor impresión que si por el contrario hubiéramos estado esperando encontrar algo grandioso. La iglesia-fortaleza es sencilla, pero a la vez espectacular, en definitiva una sorprendente maravilla.

Estacionamos la AC frente a la entrada de la ciudadela, sin ningún problema de aparcamiento. Desde allí me percató que el sustituto de Viscrí, es por lo menos de su misma categoría. Nos acercamos a los blancos y poderosos muros que rodean la iglesia, es una fortaleza en toda regla.

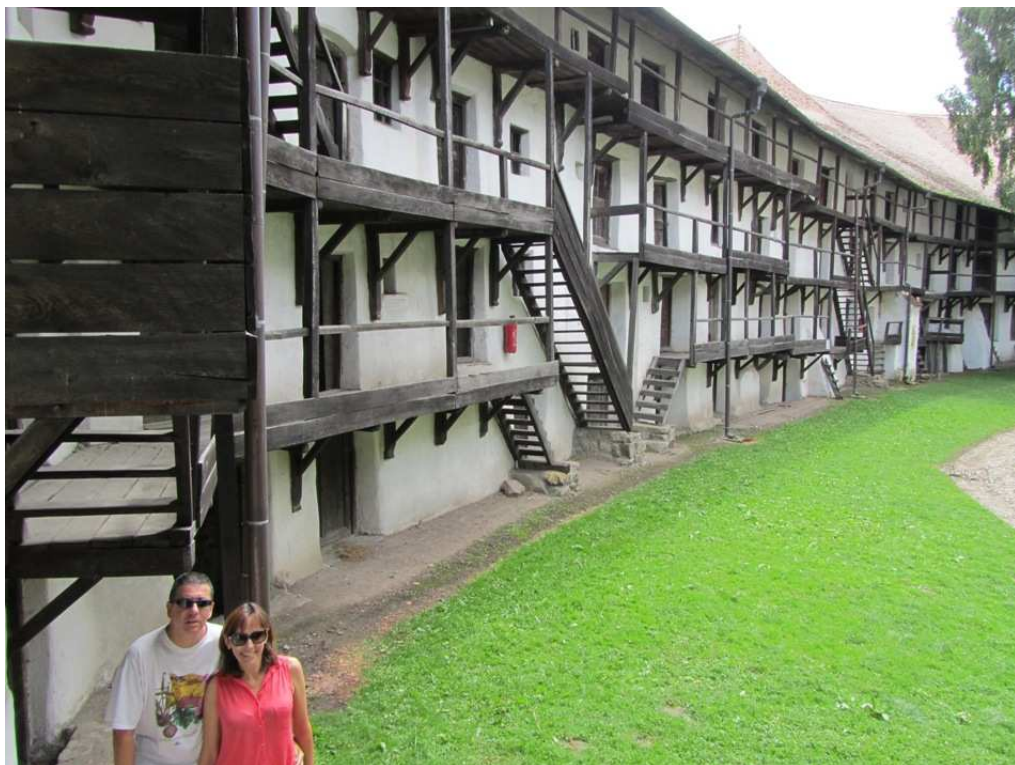
Entramos en el interior del recinto y recibimos una agradable sorpresa, parece ser gratis. No me lo puede creer, semejante monumento y ¿no hay que pagar nada? En cualquier otro país, habría que hacerlo incluso con el aparcamiento, cosa que aquí tampoco sucede.



Fortaleza de Predjmer

Una joven rumana, emulando a las grandes velocistas olímpicas, corre con tacones por el empedrado patio que da acceso a la fortaleza. No podía ser tan bonito, pienso, allí viene el ticket en forma de atleta. Efectivamente nos ofrece unas entradas. Por el precio, ni nos lo pensamos, creo que ni llegó a tres euros los cuatro. Más tarde comprobamos que aquellas eran para la visita a un pequeño museo, por lo que ver la fortaleza era efectivamente gratis.

Tras caminar por un pasadizo, con puerta levadiza incluida, se accede al núcleo de la ciudadela. Esa primera visión nos hizo recordar, salvando las distancias y considerando a Prejmer infinitamente más austero, al monasterio de Rila en Bulgaria. La disposición de las murallas alrededor de la iglesia y las celdas que cubrían el muro interior le conferían un cierto parecido.



Celdas-apartamentos de la fortaleza

La iglesia se encuentra rodeada por una muralla, el grosor de sus muros alcanza los cuatro metros y medio, son los más poderosos de todas las fortalezas sajonas y la plaza fuerte más importante de toda Transilvania. En la parte interior de la muralla y unida a la misma se distribuyen 272 celdas en cuatro niveles, empinadas escaleras de madera permiten acceder a todas ellas. Cada habitación correspondía a una familia del pueblo, que utilizaban como refugio en los momentos de ataques otomanos. En definitiva, la aldea entera se refugiaba allí.

Encima de las celdas se situaban los almacenes, todas las familias guardaban allí sus pertenencias más valiosas, así como las provisiones y enseres necesarios para resistir el asedio. Desde la parte trasera de cada habitación se accedía al paseo de ronda en la muralla –cubierto por un tejado–, de esta forma cada miembro familiar acudía raudo a su

puesto defensivo cuando se producía el ataque. También en ese lugar se encontraban unas oquedades en la muralla dirigidas hacia al exterior, por donde se lanzaban a los agresores líquidos ardientes. Cuando no se utilizaban para ese fin, servían como letrinas. La base de la fortaleza debía encontrarse y oler como un pozo negro, por lo que los otomanos tenían que vencer un inconveniente más para conquistar la ciudadela, la guerra química.

Recorremos el perímetro interior subiendo por las estrechas y empinadas escaleras que dan acceso a las diferentes celdas y habitaciones comunes, como por ejemplo una escuela, un gran almacén, el horno etc. Era una pequeña aldea tras la protección de aquellos gruesos muros.



Iglesia-fortaleza de Predjmer

Entretenidos y admirados por aquel lugar, nos topamos con algo habitual en nuestro viaje y que lo estamos echando a faltar en aquel sitio, unos novios. Efectivamente una pareja, junto a los indispensables fotógrafos, se disponía a realizar un reportaje fotográfico utilizando como fondo aquellos muros.

El técnico debía odiar a la novia o quería ganar algún concurso de videos televisivos, puesto que la hizo subir por las empinadas escaleras de madera. Entre el novio y el ayudante del inteligente fotógrafo lo consiguieron, llevando casi en volandas a la pobre novia. Pero ahí no acabó todo, el personaje poseedor de una cámara fotográfica –me niego a calificarlo como fotógrafo-, hizo colocarse a la novia junto un extintor rojo colgado de la pared y además por el enfoque que le estaba dando, iba a aparecer en la foto con toda seguridad. Supongo que pretendía darle un toque de modernidad entre tanto trasto viejo.

Dejamos a la pareja disfrutando de su particular visita -cuando salíamos por el pasadizo intentaban subir al segundo nivel de celdas- y entramos en el pequeño museo de la entrada. Era muy sencillo, pero resultaba curioso ver los enseres y objetos cotidianos de aquella gente.

Una vez en el exterior nos disponemos a rodear la fortaleza, admirando los majestuosos muros que protegen la iglesia y que hicieron lo mismo con los antiguos habitantes de aquel lugar. En la actualidad las casas, es de suponer, que habrán mejorado, pero el estado de sus calles y en general del pueblo quizás no distaba mucho de cuando los otomanos decidían acercarse a saludar a sus habitantes. Siendo poseedores de semejante monumento resulta sorprendente que los responsables nacionales o locales, no vean necesario adecentar el entorno para aprovechar el posible tirón turístico de la ciudadela. Esta visto que Rumanía tiene seguramente otras preferencias, creemos, más importantes.

Después de la agradable estancia en Prejmer, nos ponemos de nuevo en camino hacia la cercana Brasov. Por la hora del día está claro que dormiremos en aquella población o en sus alrededores, lo único que falta es decidir el lugar. Probaremos primeramente en un camping y si la sensación no es buena, lo haremos en cualquier sitio que nos parezca apropiado, aunque me temo que con mis hijos, si tiene “Wi-Fi gratis”, será imposible hacerles cambiar de idea.



Exterior de la fortaleza

Llegamos a las puertas del “Camping Dirste”. Éste sería el único establecimiento que encontraríamos en nuestro viaje con la calificación de verdadero camping, aunque a mí personalmente los pequeños campings familiares del país me resultaron mucho más acogedores.

“Dirste” es enorme. Supongo que es una herencia de la época comunista, tiene doscientas y pico parcelas para caravanas y autocaravanas, casitas de madera en colores intensos y una gran extensión de terreno para acampada; éste último se encontraba atestado mayoritariamente de rumanos en tiendas de campaña. En cambio en nuestra zona apenas estábamos unos cinco vehículos, por supuesto todos europeos occidentales. No me sentía especialmente a gusto ofreciendo esa sensación de riqueza frente a ellos, sobre todo cuando el coste era de unos 15-18 Euros/día, por parcela con agua, electricidad y wi-fi gratis desde la misma AC. Ni que decir tiene que nos quedamos.

Con mis hijos sacando humo al ordenador, estudio bajo la tenue luz de la farola próxima a la parcela, la ciudad de Brasov, nuestro destino para el día siguiente. Tras un rato al fresquito de la noche entro de nuevo en la AC, despidiendo así otro día más en Rumanía.

BRASOV

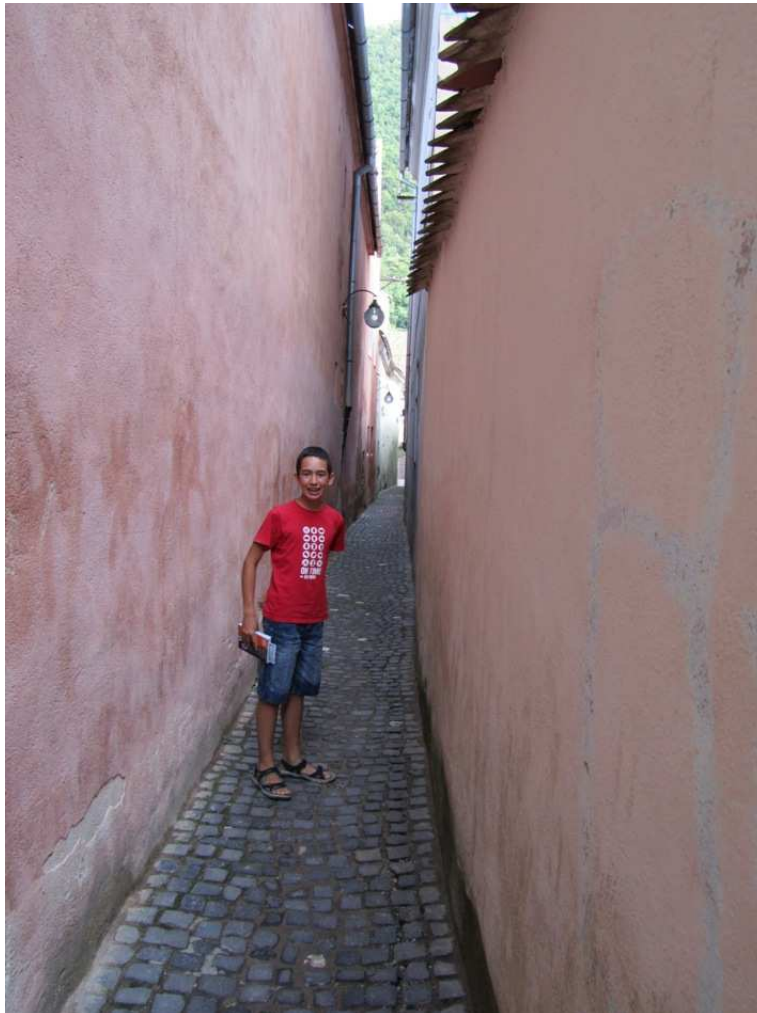
Estamos a las afueras de la ciudad más grande y populosa con la que vamos a encontrarnos en Rumanía, Brasov. Bucarest, su capital, la descartamos desde un primer momento. No me van mucho las aglomeraciones humanas. Tenemos dos opciones; acercarnos hasta el centro con la AC ó hacerlo en algún transporte local. Optamos por esto último, pero el servicio de autobuses es bastante incómodo en cuanto a horarios. Nos ofrecen intentarlo en taxi por unos 3-4 Euros. Después de hacer unos cálculos, consideramos que no es una mala alternativa.

La familia al completo nos introducimos en un vehículo Dacia Logan, bastante bien cuidado. Acabábamos de llegar a la nueva Rumanía, donde los toques de modernidad y de cierta riqueza en determinadas personas se van haciendo más palpables.

El taxi recorre vías de acceso de dos y tres carriles junto a modernas edificaciones. Por primera vez en mucho tiempo volvemos a ver pasos de cebra y semáforos con utilidad verdadera. Pero al mismo tiempo cruzamos por edificios colmena de la era comunista, todo un contraste de pasado y presente frente a frente.

El taxista se ha santiguado a la manera ortodoxa –al revés que la señal de la cruz católica- un par de veces. No he percibido en ninguna de las dos ocasiones que nos hayamos salvado de colisionar o de eludir por los pelos un peligro circulatorio grave. A la tercera, descubro la razón; cada vez que cruzamos por delante de un templo hace lo mismo. Esta circunstancia me lleva a reflexionar sobre la religiosidad actual del pueblo rumano. Sin tener en mi poder datos exhaustivos, sino simplemente actuando como un mero observador, puedo manifestar que la misma parece ser alta. Las iglesias estaban llenas de fieles en las celebraciones y por muchos pueblos podían verse templos en fase de construcción o remodelación. Tratándose de iglesias ortodoxas en su inmensa mayoría, su llamativa apariencia exterior propiciaba aún más que nos fijáramos en dichas edificaciones.

Un aspecto más mundano de nuestra experiencia en el taxi, fue la emisora de radio que escuchamos en el trayecto, Europa FM. La cual además tenía la misma melodía que la homóloga de nuestro país y su cuña hablada –descifrada con nuestros básicos conocimientos del idioma rumano- era asimismo idéntica. Sorpresas de la globalización.



Estrecha calle de Brasov

Llegamos a la Piata Sfatului, epicentro de la ciudad de Brasov. Su visión no dista mucho de la que pudiéramos tener de cualquier plaza centroeuropea; cuidada, limpia y ordenada. Aunque en el pasado allí se llevó a cabo la última ejecución de brujas en la hoguera realizada en Europa. En el centro de la plaza se sitúa el viejo Ayuntamiento y rodeándola diferentes y cuidados edificios de bella construcción. En aquellos momentos un respetable número de personas deambulan por la misma o simplemente contemplan los diversos espectáculos callejeros. Es un giro de 360 grados en relación a lo que hasta aquel momento habíamos experimentado.

Después de observar con detenimiento la vida humana de la plaza, dirigimos nuestras miradas al hollywoodiense cartel que se vislumbra en las faldas de la montaña. El nombre de “Brasov”, en enormes letras blancas, resalta sobre el verdor de la colina. Asimismo el cable de un teleférico se encarama hasta la cima del monte Tampa. Buscamos la base del mismo y la forma de subir hasta su cima. Según nuestras informaciones la vista de la ciudad es magnífica y además, junto a la estación superior, se encuentra un restaurante de la época comunista con un comedor panorámico.

Antes de dirigirnos hacia las alturas nos aproximamos a la iglesia Negra, la cual se alza junto a la Piata Sfatului. Su nombre le viene, con poca originalidad por parte del que se le ocurrió, como consecuencia de un incendio que lógicamente impregnó sus muros de un color negro hollín. Las estatuas que en aquel momento se situaban en el exterior fueron trasladadas intramuros. Dentro del templo, también se encuentran colgadas espléndidas alfombras turcas, regalo de los mercaderes de la ciudad que comerciaban con los otomanos. Ya se sabe, no todo iba a ser guerrear y el negocio ha sido siempre el negocio en cualquier época de la historia.

Otra de las maravillas de la iglesia es su órgano de 4000 tubos, construido en Berlín en 1839. En la entrada del templo se anuncia que por la tarde hay un concierto de órgano. Como el precio no es muy elevado decidimos probar, aunque las probabilidades de que nuestros hijos nos den el recital por semejante plan son más que elevadas.

Continuamos con la visita a la ciudad, pensando en volver por la tarde a la iglesia Negra y “disfrutar” del concierto. Antes de ver los diferentes Bastiones y las murallas, atravesamos el callejón más estrecho de Europa, la calle de la Cuerda o Storii, metro treinta y dos de ancho. Simpática.

La muralla de Brasov, con sus tres kilómetros de largo y doce de altura, junto a sus Bastiones, son dos de los monumentos más significativos de la ciudad. Los Bastiones rodeaban la población en sus puntos más débiles, siendo levantados y defendidos por los diferentes gremios. Eran siete fortificaciones; en la actualidad se conservan en buen estado el de los Tejedores y el de los Herreros. En el primero se encuentra también un museo.

El Dupa Ziduri, un cómodo paseo peatonal con abundantes bancos, permite contemplar la muralla situada junto al bastión de los Herreros.

Llegada la hora nos encaminamos hacia la función musical. Para nuestra sorpresa el número de personas es más que significativo. Los bancos de la iglesia tienen el respaldo movable y se pueden girar según la celebración. En este caso al encontrarse el órgano encima de la puerta de acceso, nos sentamos de espaldas al altar.

Empieza el concierto y el sonido retumba por todo el templo, luego decrece en intensidad y suena lánguidamente. A los cinco minutos escasos, unos turistas vestidos con indumentaria “aventura en África” se levantan y abandonan la iglesia por el pasillo central. Mis hijos toman nota y al minuto exacto empiezan su particular melodía. Logramos aguantar unos veinte minutos de concierto, pero finalmente debemos doblegarnos y nos escabullimos discretamente por la nave lateral del templo.

Volvemos a la plaza Sfatului con la intención de recorrer la comercial calle Republicii. El teleférico al monte Tampa definitivamente lo descartamos, las tiendas han ganado la partida a las vistas panorámicas. A pesar de todo el consumismo en mi familia se encuentra bastante contenido y lo único que compramos en aquella calle son unos deliciosos, como siempre, Kurtos kalács.

Caminamos a paso tortuga entre la fila de terrazas situadas en el centro de la calzada, contemplando al mismo tiempo las modernas tiendas y restaurantes. Entonces descubrimos una nueva clase de rumanos, los ricos o acomodados. Después de los días pasados en Rumanía, donde no habíamos visto prácticamente un ápice de riqueza en las personas y lugares por donde habíamos pasado, ahora nos lo encontrábamos en aquel lugar y nos resultaba chocante.

Al final de la calle “ver y que me vean” de Brasov, llegamos a una plaza donde una fila considerable de taxis aguardan a sus clientes. Decidimos regresar al camping. El vehículo vuelve a ser un Dacia Logan y en la radio también está sintonizada Europa FM, lo único diferente es el taxista.

A la noche y después de una consistente cena, planifico la siguiente jornada. Debido a mi gran afición a las cumbres, en mis viajes siempre intento descubrir los paisajes de montaña más significativos de cada país. En aquel momento la oportunidad se encontraba muy próxima y se llamaban Montañas Bucegi.

PALACIOS, MONASTERIOS, OSOS Y MONTAÑAS

La carretera que une Brasov y Sinaia, una de las poblaciones a los pies de las montañas Bucegi, es excelente. A ello posiblemente ayuda la cercanía a la capital Bucarest y el tratarse de un destino de fin de semana, tanto en verano para el excursionismo como en invierno con el esquí. Varias estaciones del deporte blanco se distribuyen por las diferentes montañas de la zona.

Nuestro destino es Sinaia, una población donde además de existir un acceso a las montañas se encuentra también el palacio de Peles. Pero nos vamos a enfrentar con algo impensable para nosotros en Rumanía, ¡retenciones de trafico;

La carretera está atestada de vehículos. Toda la gente con posibles que vimos el otro día en Brasov, se deben haber juntado con sus amigos de Bucarest y han sacado a la carretera sus todo-terreno para lucirlos con las amistades. Cualquiera que al borde la carretera está llena de esos vehículos, junto a las “máquinas” se encuentran multitud de personas encendiendo hogueras al más puro estilo dominguero. Además, como estamos en ese día de la semana, la definición tiene aún más sentido si cabe.

La gran intensidad de tráfico provoca, en cuanto nos aproximamos a alguna población, colas kilométricas de vehículos. Ocasionándonos el consiguiente tedio y aburrimiento por las incontables paradas.

Después de un tiempo considerable en la carretera, conseguimos llegar a Sinaia. La primera impresión es de agobio, tanto de coches como de personas. El cruce desde donde se accede al parking del palacio de Peles, está cerrado, no cabe un vehículo más y

prohíben continuar. Buscar un lugar donde aparcar la AC es una tarea harto difícil. Si además observamos las posiciones inverosímiles en las que se encuentran algunos vehículos, nos hacen pensar que el metro cuadrado de aparcamiento es un artículo de lujo.

En medio del pueblo, damos con un parking de pago. Un rumano de unos 25 años yace sentado dentro de una desvencijada caseta. Junto a la misma una barrera manual impide el acceso a un solar. En otra época del año aquel lugar seguramente servirá a los niños del pueblo para sus juegos, pero en esas fechas es un fructífero negocio. Levanta la barrera y nos indica que busquemos un sitio. Trato de aparcar ocupando el mismo espacio que un coche, para ello lo hago en un lateral y saco el voladizo de la AC al campo adyacente. Perfecto, pienso.

El joven se aproxima con el talonario en la mano. Isabel y yo descendemos y nos preparamos para una clavada en toda regla. La primera en la frente, tiempo máximo de estacionamiento 2 horas. Cara de incredulidad, éste pretende darle más rotación a las plazas que a una mesa de un MacDonalds un sábado a la tarde. Después, la segunda en plena cara, precio de autobús. Le aclaró que se trata de una AC, pero me replica que es muy grande. Lo que tú quieras -le digo-, pero no ocupamos tres plazas como los buses que están en un lateral del parking. Silencio.



Monasterio de Sinaia

Con cara de fingida resignación le manifiesto que dos horas no nos solucionan nada y hago amago de marcharnos. Entonces nos dice que el tiempo se puede solucionar pagando más. Sonrío. En ese momento uno de nuestros hijos, desde el interior de la AC, nos requiere por algún problema “gravísimo”; con un movimiento de mano, le indico a Isabel que voy yo. Percibo en el rumano un imperceptible gesto de “con la mujer, esto está hecho”. Lo tienes claro, pienso para mis adentros. Si supieras que tiene frito al director de nuestra sucursal bancaria, exigiéndole el cumplimiento de la publicidad de su entidad, “Cero comisiones”, no estarías tan ufano.

Tras resolver en un par de minutos el “trascendental” asunto de mis hijos, regreso al regateo –el único que realizamos en toda nuestra estancia en Rumanía-. Para entonces Isabel ya ha cerrado el acuerdo. Seis horas a precio de cuatro, por supuesto de turismo no de autobús.

Después de solventar el tema aparcamiento, nuestra idea es ver los horarios del teleférico y decidir. Porque con el atasco que nos hemos comido, el plan inicial posiblemente lo tengamos que comprimir en exceso y no nos apetece andar con apreturas horarias.

Las dudas sobre la conveniencia de subir a la montaña, son inmediatamente disipadas; primero por la ingente cantidad de personas que quieren introducirse en las cabinas del teleférico. Así, a ojo, podría haber una hora de cola para subir. Y en segundo lugar por unos cúmulo-nimbos, con su característica forma de coliflor, que van en aumento sobre las partes altas de la montaña. Decididamente, aquel no era nuestro día.

Sin perder un minuto, dirigimos nuestros pasos hacia el Palacio de Peles. A través de unos caminos imbuidos en un magnifico abetal, vamos buscando nuestro destino. Como la gente abunda, en caso de duda preguntamos la dirección a seguir y en todas las ocasiones nos ayudan con una exquisita amabilidad.

Durante este paseo por los bosques más bajos de las montañas Bucegi, nos topamos con un sorprendente cartelito. Éste avisa de un peligro existente en la zona ¡Los Osos! En realidad la recomendación puede valer para todas las cordilleras de Rumanía, ya que el

número de estos animales en sus bosques es de unos seis mil. Incluso parece ser que determinadas “agencias” vendían visitas de “avistamiento de osos” y además algunos incautos llegaban a ofrecerles comida. En ese caso supongo que el oso, entre la loncha de pavo light y el rollizo brazo que le ofrecía aquel alimento bajo en calorías, habría optado por lo más apetitoso a sus ojos. Aunque esa reacción tan estomacal, le originaría a posteriori ser vilipendiado en los periódicos locales con titulares como: “el oso asesino ataca de nuevo a un indefenso ser humano”, o acabar en un cartel tipo western con la frase “Se busca. Vivo o muerto”.



Bromas aparte, no es muy recomendable que los osos se acostumbren a obtener comida cerca de las poblaciones, ya que entonces los ataques se multiplican y el peligro –ya de por sí existente- se acrecienta. Por cierto, algunos de estos osos rumanos –con ayuda

humana- han emigrado también hacía nuestras fronteras y han sido introducidos en el Pirineo.

Antes de alcanzar el palacio de Peles se cruza en nuestro camino otra de las construcciones mas significativas de la zona, el monasterio de Sinaia, también denominado “la catedral de los Carpato”. Fue construido en 1695 por un noble rumano, que tras un peregrinaje a Jerusalén, decidió alzar en aquel lugar un templo que rememorara su viaje a Tierra Santa.

Cruzamos el portón que da acceso al recinto. Al ser Domingo, la entrada es libre y nos encontramos con otra maravillosa iglesia ortodoxa. Su exterior es magnífico, pero su interior creo que aún es más impresionante. El pasillo bajo la nave central y las pinturas que decoran la cúpula son dignos de contemplarse.



Palacio de Peles

Después de un pequeño paseo por el recinto, continuamos en dirección al palacio de Peles. El camino prosigue entre bosque, aunque el paisaje comercial tiende a ser cada vez tupido y los chiringuitos de recuerdos, comida y artículos varios surgen a la vera de la senda.

Finalmente, en lo alto surge el increíble palacio de Peles; increíble porque es difícil llegar a imaginarse en aquel lugar semejante construcción, la cual podría ser más propia de un cuento de hadas facturado por Disney. La subida hasta su entrada permite contemplarlo y sorprenderse una y otra vez. Es de un estilo “neorrenacentista alemán”, en resumen recargado hasta decir basta, en determinados momentos abruma.

Su construcción se debe a la instauración de la monarquía en Rumanía de la mano de Carol I a mediados del siglo XIX, el cual decidió debutar directamente en la “Liga de Campeones”, demostrando al resto de los reyes europeos que él no iba a ser menos en cuanto a lujo y suntuosidad. El resultado es un palacio que por momentos te deja transpuesto. Techos de madera exquisitamente labrada y dorados infinitos en cada sala. A esto hay que añadir unos lujos, que aún hoy, serán impensables en determinadas zonas de la actual Rumanía. Fue el primer castillo europeo en disponer de calefacción central y electricidad. Además, se encargó la fabricación de una aspiradora en Alemania para la limpieza de todas las alfombras existentes en el palacio, las cuales estaban distribuidas por unas 160 habitaciones. En principio, fue concebido únicamente como residencia estival del rey. Suponemos que la calefacción era mejor en su palacio de Bucarest y por eso en invierno se ausentaba de Peles.



Durante la época comunista, Ceausescu se dedicó a alojar entre sus muros a líderes de diversos países, intentando impresionarlos como anfitrión. Los presidentes estadounidenses Nixon y Ford pasaron por allí, además de Yaser Arafat y Gadafi.

La visita puede realizarse por zonas, solo la planta baja o ésta y los pisos superiores, donde se situaban los aposentos. La verdad es que merece la pena, aunque solo sea por contemplar algo tan desproporcionado en cuanto a la concepción del lujo.

Después de visitar Peles puede hacerse lo mismo con Pelisor, un pequeño palacio próximo al primero. Esta edificación es completamente distinta a la anterior. Su construcción tiene un estilo “medieval alemán”, para entendernos, sobrio. En comparación con su vecino es un piso de estudiantes, aunque con tonos pastel en sus habitaciones. El rey Carol proyectó aquella casa como residencia de su sobrino, bastante austero en sus costumbres, y también para perder de vista a la mujer de éste, con la que no se llevaba muy bien.

Tras el empacho de opulencia volvemos a Sinaia. Durante el trayecto, las nubes de tormenta dejan caer una pequeña carga líquida, la cual además de corta en duración apenas empapa un poco el suelo, pero impregna el ambiente con el inconfundible olor a tierra mojada.

Salimos del bosque y entramos en el parque de Sinaia. Alrededor de éste se asientan nobles y soberbios edificios, con un ligero toque decadente en algunos de ellos, como es el caso del Casino. Al tratarse de un día festivo multitud de personas pasean por el parque. El nivel económico de todas ellas podría calificarse como de medio-alto. Con esto corroboramos lo que las guías señalaban, “un popular lugar de vacaciones para la clase media rumana”.

Agotamos nuestros últimos minutos de aparcamiento paseando junto a cientos de rumanos por las calles de Sinaia y degustando algunos caprichos culinarios en un puesto callejero. Pizza y perrito caliente, no había Kurtos kalacs.

El trayecto de regreso a Brasov, aunque también debemos soportar algunas retenciones, es bastante más llevadero que a la mañana y sin mayores incidencias llegamos de nuevo al camping.

A la noche planificamos la jornada venidera. Intentar subir a las montañas Bucegi es una de las opciones y la otra lo es visitar el castillo de Bran. En este punto empezamos a programar los días con los que contamos para el regreso a casa, no estamos dispuestos a volver a la carrera atravesando Europa a ritmo de AVE. Mi hija enciende el GPS y marca “Casa”, por lo que me toca escuchar estoicamente la distancia en kilómetros que señala el infernal aparatito. A esto hay que unirle que un día adelantamos a un camión iraní, así que la sensación de encontrarnos más cerca de Oriente y muy lejos de donde iniciamos el viaje, se agiganta. Para mí, en cambio, aquella distancia era un aliciente más del viaje, confiriendo al mismo un componente de exotismo y aventura. Aunque ninguno lo reconocía públicamente, creo que a todos nos motivaba encontrarnos tan lejos de casa y además haberlo hecho exclusivamente sobre las ruedas de nuestra AC.

Después de una charla tranquila y sosegada, decidimos visitar el castillo de “drácula” más fotografiado de toda Rumanía, por lo que al día siguiente abandonaríamos Brasov rumbo a Bran.

BRAN Y SU CASTILLO

Concluimos definitivamente nuestra estancia en el camping de Dirste y lo abandonamos para dirigirnos a Bran. El resto de la familia me ha prometido que mi ración de montaña la disfrutaré en el viaje de vuelta, en concreto en Suiza, donde nos detendremos un par de días en la zona del Eiger. No será lo mismo porque las oportunidades de recorrer las montañas Bucegi no se producen habitualmente, pero no me voy a quejar.

A la salida de Brasov nos encontramos con un paso a nivel cerrado. Las barreras, por su aspecto, no parecen ser automáticas. Junto a una caseta en estado de ruina se apoya una

bicicleta aún más decrepita. Su usuario es, sin duda, el empleado del ferrocarril, el cual apoya sus posaderas sobre un cambio de aguja manual. Obviamente aguarda la llegada del tren, aunque la larga recta hacia donde dirige la mirada aparece absolutamente vacía.



Castillo de Bran

Los minutos transcurren y la cola de vehículos a uno y otro lado de la vía aumenta por momentos. Desde luego, el cierre de la barrena con tanto tiempo es de una seguridad fuera de lo común. Aunque cuando vemos el tren que se acerca, comprendemos inmediatamente la razón de tanta espera, ésta no es otra que el retraso acumulado en su trayecto.

Dos vagones, uno de ellos también máquina tractora, se aproximan a paso de tortuga arrastrándose sobre los raíles. Es un tren de cercanías y supongo que no existirá ninguna prisa por parte de sus viajeros en llegar a destino. Su aspecto, cuando cruza frente a nosotros, es similar al de un par de vagones abandonados en una estación fuera de servicio.

Tras concluir el paso del convoy, el operario se deja caer literalmente sobre una de las palancas del cambio de agujas y coloca los raíles en la posición adecuada. Luego, con

absoluta tranquilidad, levanta una de las barreras y a continuación hace lo propio con la otra. En ese momento todos los hastiados conductores comenzamos a circular.

La carretera a Bran, sobre todo en sus últimos kilómetros, es de las clásicas rumanas; asfalto descarnado con abundantes parches y un sin fin de agujeritos. Con lo cual la conducción exige nuevamente máxima atención.

Poco antes de llegar a nuestro destino, observamos un cartel anunciando la celebración de un mercado medieval en Bran. Nos tranquilizamos viendo que concluía en el día de ayer, por lo que supuestamente no deberíamos encontrarnos con una muchedumbre humana. Cuando en lo alto de un peñasco divisamos el castillo de “Drácula”, una fila de coches detenidos nos anuncia que el mercado medieval puede haber concluido, pero el destino vacacional de Bran para cientos de rumanos no ha terminado.

Los vehículos aparcados antes del casco urbano, nos indican que el tema estacionamiento va a ser nuevamente una cuestión complicada. Los dos parkings de pago existentes a la entrada no quieren saber nada de ACs. Su explicación es que ocupamos mucho. Buscan turismo y sobre todo autobuses, que a pesar de utilizar mucho más espacio que nosotros, seguramente tendrán una tarifa de puyazo en todo lo alto. Decidimos atravesar el pueblo. Mientras cruzamos la población comprobamos la aglomeración humana existente, empiezo a añorar la tranquilidad de las zonas rurales de Rumanía.

Cuando dejamos atrás el núcleo de Bran, vemos a la derecha unas campos, donde parece haberse desarrollado el mercado medieval. Entonces, a mi izquierda, logro entrever dos AC aparcadas en un terreno despejado junto a unos árboles. Localizo en segundos el camino de acceso y me lanzo en pos de unos metros cuadrados libres de vehículos. Finalmente estacionamos en un lugar sorprendentemente vacío.

Desde donde nos encontramos se tiene una visión magnífica del castillo de Bran. Esta fortaleza no tiene nada que ver con Vlad Tepes o con Drácula. Únicamente su magnífica y fotogénica ubicación en un risco a 60 metros de altura, unida a una soberbia construcción y unos impresionantes torreones, hacen que el castillo tenga la máxima calificación en cuanto a los “Lugares Draculianos” de Rumanía.

El castillo de Bran fue levantado para defender la ciudad Brasov -cómo no- de los ataques turcos. Después sirvió de residencia veraniega a la Casa Real, una más. En este caso los monarcas únicamente la redecoraron.

Después de un corto paseo llegamos a la puerta del Castillo. Junto a su entrada un sin fin de tiendas, puestos de souvenirs y restaurantes ocupan todo el espacio disponible. Aquel lugar es sin duda el más turístico de toda Rumanía, por lo menos en cuanto a visitantes.

Cruzamos la verja, abonando por supuesto la correspondiente entrada. A continuación ascendemos por un empedrado camino y luego subimos una escalera asimismo realizada en piedra, alcanzando el acceso a la muralla del castillo propiamente dicha. Desde ese lugar ya se tiene una visión del entorno circundante; incluso podemos ver nuestra AC aparcada.

El patio que encontramos tanto a la entrada como a la salida, posiblemente es el lugar más atrayente de toda la fortaleza. Las salas muestran la redecoración realizada por la reina María. Suponemos que los recios y austeros muebles militares de la época de Vlad no debían ser muy chics. Así que hizo traer de Europa occidental un mobiliario más acorde a una monárquica residencia veraniega. Muchos de esos muebles siguen allí.

Una cosa que dejó encantados a mis hijos, fueron los pasajes secretos. Desde la biblioteca, una puerta falsa detrás de una estantería, permitía el acceso a un pasadizo que llevaba a otra dependencia del castillo. La verdad es que era de película. La visita incluye también el paso por una estrecha escalinata que formaba parte de la red de angostos pasadizos.

En la fuente del patio descubrimos nuevamente una de las aficiones preferidas de los rumanos; lanzar dinero a cualquier fuente o pozo, tenga o no agua. Por dinero, también se incluyen los billetes. Creo que si recolectaran todo el efectivo que vimos en esos lugares, se llevarían una agradable sorpresa.

Tras la visita cultural nos lanzamos ladera abajo en pos del anillo mercantilista que rodea la fortaleza: En otra época, fueron los turcos los que se abalanzaron sobre sus murallas, ahora son las camisetas y toda clase de objetos “draculianos” los que cercan al indefenso castillo. El número de personas también es importante, dudo mucho que ni los ejércitos otomanos hubieran podido congregarse en aquel pequeño lugar a tanta gente.

Después de un buen rato de “souvenir contemplación”, me compro una camiseta medianamente aceptable. Entre tanta prenda de ese estilo era imposible resistirse. En la misma no aparecía ninguna referencia a Drácula, a vísceras sangrantes o a vampiros. Tampoco era de las “I love Transilvania”. Únicamente reflejaba un sencillo y realista castillo de Bran. Costaba 8 Euros y aún hoy no se ha deshecho.

Finalmente tras un ligero tentempié decidimos volver a la AC y continuar el viaje. En nuestro particular aparcamiento los coches han crecido como setas desde la mañana. Con un poco de habilidad logramos salir sin problemas a la carretera. Debemos volver a atravesar Bran y en ese momento, los vehículos versus personas han aumentado considerablemente. A esta circunstancia hay que añadir una ocurrencia por nuestra parte, que vista después, es como para darnos en todo el cogote una y otra vez.

Cuando cruzamos por la zona de acceso al castillo, esto es restaurantes, tiendas, puestos ambulantes y sobre todo tráfico hiper-denso unido a un montón de gente. Nos parece – en ese mismo instante- de lo más apropiado parar a comprar unos Kurtos kalacs y un poco de fruta en una tienda que hemos visto. Hay que decir que media hora antes habíamos caminado por ese mismo lugar.

Ni corto ni perezoso detengo la AC en un “hueco” junto a las tiendas. Los transeúntes circunvalan la autocaravana con cara de incredulidad, “¿cómo puede estar este tío aquí?” se preguntan, pero todos educadísimos no dicen nada. Isabel y mi hija parten en busca de avituallamiento.

Durante más de cinco minutos estamos en esa situación, pero la guinda la ponemos cuando veo un autobús acercarse por detrás. Tiene que hacer una curva en ese punto y si no me muevo no puede abrirse lo suficiente. Voy moviendo la AC centímetro a centímetro. Tampoco consigo avanzar mucho puesto que la gente me lo impide.

Finalmente el autobuses logra pasar y le hago al conductor un gesto de disculpa. Supongo que si le hubiera oído y entendido sus palabras habrían sido: “Vete a la mierda”.

Cada vez miró con más nerviosismo a la tienda donde se encuentran los miembros de mi familia. Las palabras de mi hijo en el asiento del copiloto son irreproducibles. Entonces lo que veo por el espejo de retrovisor me lleva a mascullar: “La tenemos buena”. Un policía con gorra desplazada hasta la nuca, funda de pistola y canana baja a lo soldado de Pancho Villa, camina indolente hacía nosotros. Cuando llega junto a la ventanilla, me lanza una retahíla fonética para lo cual no hace falta saber rumano para entenderle perfectamente, “saca este trasto de aquí cagando leches”. Con cara de guiri despistado respondo algo mundialmente típico en cualquier conductor de ciudad mal aparcado, “es un minuto”. El agente tampoco sabe idiomas pero debe conocer a la perfección el socorrido latiguillo, ya que con silbato en mano aparta a la gente y me indica con gesto autoritario que me largue. Entonces empiezo a avanzar lentamente. Si el policía hubiese sido un árbitro me habría sacado tarjeta roja por perder tiempo, pero aquel únicamente me mira con gesto furioso.

Avanzo unos metros y me detengo nuevamente cuando me percató que Isabel y mi hija corren hacía la AC con unas bolsas en la mano. Al mismo tiempo miró por el espejo retrovisor y veo como el agente de la Ley no puede dar crédito a lo que ve. Le falta un pelo para desenfundar, pero se retiene unos segundos y en cuanto tengo a mi familia dentro del vehículo, acelero.

Después de tan frenético episodio y de calmar un poco los ánimos, degustamos los Kurtos kalacs adquiridos, que para más inri no eran de los mejores que habíamos probado. Por lo menos la fruta fue buena y además, barata.

Tras volver a disfrutar unos kilómetros de asfalto con calidad rumana, llegamos a la carretera que discurre bajo las montañas Fagaras en dirección a la frontera húngara. Esta vía en cuanto a estado y trazado es como cualquier carretera de la media europea, lo que trasladado a Rumanía es simplemente fantástica. La única diferencia con aquellas vías es que en ésta siguen circulando carros de caballos y algún que otro vehículo con más años de los aconsejables para continuar pisando asfalto.

La carretera Trasfagarasan estaba en nuestra agenda. Pero, finalmente por “consenso” decidimos dirigirnos hacia Sibui y su capitalidad europea de la cultura.

A los efectos de pasar la noche, existía la posibilidad de hacerlo o bien en la propia Sibui –tenía en cartera un parking en el centro la mar de apropiado- o en algún pueblo próximo a la misma. Sin embargo había descubierto una especie de alojamiento en una granja –con pretensiones de zona de acampada o pensión- en un pueblecito a unos 20 kilómetros de Sibui. Gracias a la carretera existente aquella distancia era insignificante para ir y volver de la capital europea de la cultura, por lo que decidimos encaminarnos hacía aquel lugar, su nombre era Saliste.

SIBIU, UNA CAPITAL EUROPEA

Con el sol a punto de ocultarse por el horizonte, nos desviamos de la carretera principal y tras un par de kilómetros llegamos a Saliste. Como otros muchos pueblos de Rumanía sus calles carecen de asfaltado, así que siguiendo las indicaciones del tom-tom y de un pequeño cartel que tenemos la suerte de ver, nos dirigimos a nuestro destino circulando por un firme en bastante buen estado –para tratarse de tierra-. Una casa rodeada por un muro de unos tres metros de altura y un cartel junto a un portón metálico, nos indican que aquél es el lugar que andábamos buscando.

Antes de llegar a situarnos frente al supuesto acceso, una chica joven sale de su interior y nos abre el portón invitándonos a entrar. Deben habernos visto desde la casa, puesto que algunas de las ventanas del segundo piso sobresalen por encima del muro y tienen una buena visión de la calle-camino por la que nos hemos acercado.

Tras cruzar el umbral descubrimos a nuestra izquierda la vivienda principal, seguida de una construcción alargada que se extiende unos 50 metros hasta el fondo de la parcela. Frente a estas dependencias –en el pasado seguramente utilizadas como graneros,

almacenes o establos- se sitúa un terreno herboso donde poder instalarse. Una valla separa el mismo de unas huertas y de una campa donde pastan varios caballos, propiedad sin duda de los dueños de la casa.

En esos momentos se encuentran en aquel lugar unos holandeses con una tienda de campaña, unos suizos en una camper y una familia de húngaros con un todo-terreno preparado para camping. Sobre el techo del mismo tienen abierta la tienda de campaña.

La joven rumana nos da la bienvenida en inglés, al tiempo que nos pide disculpas porque su novio está en Holanda por trabajo y ella no domina tan bien el idioma británico como su pareja. Pero si cotejamos mi inglés de supervivencia con el suyo, ella tiene el nivel de Shakespeare comparado con el mío. Junto a la chica se encuentra una pareja mayor. Según nos dijo luego eran sus suegros y los propietarios de la casa.

Después nos muestra dónde podemos ubicarnos, señalándonos la toma de electricidad. El suegro nos colocará después un cubo de basura junto a la AC, para que no tuviéramos que ir hasta la entrada a depositar la basura. Las “instalaciones” también disponen de unos baños con duchas, recién alicatados y con un significativo olor a limpio. La segunda planta de la edificación se encontraba en obras y se proponían construir allí unas habitaciones. Vamos un casa rural en toda regla. Una sala de juegos y un pequeño salón social completan el lugar. A esto debía añadirse Wi-Fi gratis con cobertura desde la propia AC; unos 12-15 Euros al cambio era su precio.

Cuando contemplaba a aquéllas personas y lo que intentaban sacar adelante, veía a unos emprendedores de verdad, con unas infinitas ganas de prosperar y sobre todo irradiando una amabilidad fuera de lo común. Dentro de mí les deseaba toda la suerte del mundo, se lo merecían.

Al día siguiente, después de una tranquila y placentera noche en aquel lugar, nos dirigimos a la cercana Sibui. El planeado parking de pernocta en aquella población, iba a servir ahora de aparcamiento diurno. El mismo se encontraba en pleno centro y su precio era de unos 0,25 Euros la hora, con una zona para microbuses en la que podían estacionarse ACs sin problemas.

En la explanada del parking, una joven de unos 20 y pocos años, con un bebé en brazos, mendiga entre los ocupantes de los coches que se disponen a estacionar. Con nuestro poco discreto vehículo es imposible pasar desapercibidos a sus ojos, por lo que después de seguirmos con la mirada se encamina hacía nosotros en cuanto aparcamos. La verdad es que, de todas las poblaciones rumanas que hemos visitado, es en este lugar y en el pueblo fronterizo de nuestro primer día, los dos únicos lugares donde hemos podido observar este tipo de situación. Ni en las puertas de los templos –lugar muy habitual para dicha práctica-, ni en lugares frecuentados por el turismo local o extranjero, existía gente pidiendo limosna. Personas con muestras evidentes de poseer nulos o escasos recursos económicos, muchas; pero ninguna de ellas se acercó a solicitar unas monedas.

La chica se coloca en la puerta del habitáculo de la AC y espera pacientemente nuestra salida de la autocaravana. Pero sin duda no contaba con las necesidades apremiantes, que de manera imprevisible, les surgen a nuestros hijos y además de una forma – casualmente- conjunta. Debe ser que su concordancia genética les empuja a coincidir a ambos en el baño con urgencias mayores en el mismo momento. Tras determinar quién se encuentra más necesitado, se inicia el turno. Por supuesto el primero se eterniza en el uso del baño, poniendo de los nervios al otro y de paso a sus padres.

Cuando concluimos con todas la tareas y salimos al exterior, ni que decir tiene que la chica rumana había desaparecido, no solo de la puerta de nuestra AC, sino del propio parking.

Al lado del aparcamiento se encuentra uno de los extremos de la calle peatonal Nicolae Balcescu. Al contemplar las cuidadas casas situadas a ambos lados y la arreglada travesía por donde solo pasean los viandantes, nos damos cuenta que los adoquines de esa calle han visto pasar más euros que todos los pueblos de la Rumanía rural que hemos visitado. La capitalidad europea de la cultura de Sibui en el 2007, trajo consigo un remozado completo de la ciudad y sus monumentos. El resultado es que uno de cada tres edificios de la ciudad ha sido declarado monumento histórico. Verdaderamente, su centro peatonal ha quedado fantástico y uno no sabe, cuando camina por sus calles, si está en Rumanía o en un rincón de la Viena imperial.

Sibui -como muchas otras plazas rumanas- fue fundada sobre un antiguo asentamiento romano. Su esplendor se produjo durante la época sajona, cuando 19 gremios se resguardaban dentro de sus gruesas murallas rematadas por 39 torres y cuatro bastiones. Durante varios años fue sede de los gobernadores austriacos de Transilvania, por lo que la influencia cultural germana se deja notar incluso en la actualidad. A pesar de no lograr caminar más de un minuto seguido, debido a la confluencia comercial situada en los alrededores de la vía Balcescu, conseguimos llegar a la Plaza Mare, una de las tres plazas entrelazadas y la más grande de todas ellas.

En los tejados de los edificios que rodean la plaza Mare, las ventanas de las buhardillas tiene forma de párpado, produciendo la sensación de estar siendo observado por docenas de ojos. Parecen cámaras que vigilan por si alguien arroja un papel al suelo o se comporta indebidamente. En lo que respecta a la limpieza deben tener su efecto, puesto que en las calles y plazas no se encuentran restos de desperdicios o suciedad.



Plaza Mare en Sibui

Los dos edificios más significativos de plaza Mare son el Ayuntamiento y la Catedral Católica Romana. Al fondo de la explanada, un pasadizo permite acceder a la plaza Mica, pasando por debajo de la torre del Concejo. Desde esta plaza, una calle desciende hacia la parte baja de ciudad y sobre ella cruza un curioso puente, curioso en cuanto a su nombre e historia. Se llama puente de Hierro, pero popularmente se le conoce como de los Mentirosos; recibe este cariñoso apelativo en honor a los mercaderes que se reunían en él. Con esa fama supongo que tendrían unas ventas más bien escasas. Pero también recibe dicha denominación por ¡los amantes que se declaraban su amor en el mismo!, en este caso que cada cual interprete lo que quiera.

Finalmente la tercera plaza, Huet, en ella se alza la iglesia evangélica. En todas y cada una de las plazas se ubican cafés, restaurantes, bares y sobre todo terrazas, donde algunos turistas y mayoritariamente rumanos disfrutan relajadamente de sus consumiciones. La verdad es que el espléndido día y la agradable temperatura invitan a ello, pero decidimos aguantar un poco más la tentación y continuar con la visita.

Desde la plaza Huet y siguiendo la calle Mitropoliei se llega a la catedral ortodoxa. Ésta es un pedacito de Estambul en Rumanía, ya que es una reproducción a escala de Santa Sofía. En este lugar la sensación de haber alcanzado Oriente es absoluta.

Por último, intentamos ver -aunque tenga que ser someramente debido a los brotes de cansancio e insurrección que se vislumbran en nuestros hijos-, las murallas, o por lo menos la sección conservada de las mismas. Éstas tienen la misma disposición que la existente en otras muchas ciudades amuralladas rumanas. Torres y bastiones defendidos por los diferentes gremios se suceden sobre el muro. El bastión Haller es similar al resto, pero se diferencia de aquellos en que su nombre se debe a Petrus Haller, alcalde de la ciudad en el siglo XVI y más concretamente durante la epidemia de peste que azotó Sibui. El regidor, en su lucha contra la enfermedad, ordenó abrir orificios en las murallas para la rápida evacuación de los cadáveres infectados de la mortal afección. Estos quedaban a los pies de las murallas, pero lejos de los que todavía intentaban no morir. En aquellos días la ronda de guardia en las murallas tenía que ser de todo menos agradable.

Después de este punto fúnebre, volvemos a la luminosa y alegre plaza Mare para disfrutar en una de sus terrazas de un merecido descanso. Lo hacemos en un lugar con entarimado de madera, sobre el que están instalados unos sillones con fundas blancas y protegidos con enormes sombrillas. La camarera acude a servirnos con un delantal negro de moderno diseño. La carta reflejaba más tipos de cafés que la Nespresso, además de té e infusiones y por supuesto tartas y bebidas. Decididamente aquello solo era Rumanía por el precio que tenían las consumiciones.

Cuando el sol inicia su declive y las sombras sobre la plaza Mare se vuelven más alargadas, conseguimos levantarnos de nuestras confortables poltronas e iniciamos el lento retorno hacía la AC.

Abandonamos Sibui con la sensación de haber estado en una ciudad muy peculiar, mezcla de estilo centroeuropeo, toques medievales y unas gotas de sabor oriental. Pero también era Rumanía y reflejaba una conjunción muy habitual en algunas ciudades de aquel país.

En pocos minutos volvemos a encontrarnos en nuestra granja-albergue. Antes de cenar, nuestros hijos se terminan de agotar jugando al ping-pong. Es increíble su capacidad de aguante físico cuando realizan una actividad que les gusta, aunque aquel sea inversamente proporcional cuando dicha actividad no es de su agrado.

Pero gracias a esta circunstancia disponemos de unos instantes de sosiego, donde podemos preparar el plan del día siguiente sin restarle horas al sueño. Nuestro próximo destino sería Hunedoara y en concreto su fortaleza, el castillo gótico de los Corvino. Los días en Rumanía se acababan y aquella se vislumbraba como la última visita de importancia por las tierras de Vlad Tepes.

DESPEDIDA DE RUMANÍA

Volvemos a circular por la carretera principal que se dirige a la frontera húngara. El tráfico de camiones y autobuses se ha incrementado notablemente, sobre todo el de estos últimos. Siendo la dirección -en la mayoría de ellos- hacia el Oeste, que como en las películas del far-west es donde se encuentra la tierra de las oportunidades, en este caso Europa occidental. Los vehículos lucen rótulos anunciando las ofertas de sus trayectos. Rumanía-Alemania por solo X Euros. Por supuesto también hay varios de Rumanía-España.

El firme, a pesar del tráfico pesado, todavía aguanta dignamente. El existente entre Brasov y Sibui era mucho mejor, pero no podemos quejarnos habiendo visto lo que hemos visto. En este caso el ruido y balanceo dentro de la AC, podemos asimilarlo a una canción de Julio Iglesias en comparación con el heavy-metal que tuvimos los primeros días.

Para alcanzar Hunedoara debemos abandonar la carretera por la que circulamos y desviarnos hacia otra vía -sobre el mapa de idéntica clasificación- realizando finalmente 10 kilómetros por una “amarilla estrecha”. Así que cabía la posibilidad de vernos obligados a disfrutar de un poco de samba antes de llegar a nuestro destino.

El mapa no se equivoca y la carretera “amarilla” es estrecha, pero afortunadamente el tráfico es prácticamente nulo. De otro modo las ruedas del lado derecho hubieran circulado más tiempo sobre tierra y gravilla que sobre asfalto. Luego, nos percatamos que la ruta de acceso normal a la ciudad, desde la carretera que circulábamos, era otra que se encontraba unos kilómetros más adelante del cruce que nosotros habíamos tomado. Parece que sentíamos una atracción especial por las carreteras “moviditas”.

Cuando apenas faltan un par de kilómetros para alcanzar los arrabales de Hunedoara, suena el teléfono móvil. En esos momentos, me encuentro solo en la cabina, por lo que debo atender la llamada. Entonces recibo la noticia de que soy uno de los dos finalistas

en un Certamen de Novela. Creo que siempre recordaré aquella ciudad por dos cosas; una por su fortaleza y otra por aquella conversación telefónica.

Después de aquel inciso, llegamos finalmente a las puertas del castillo-fortaleza de los Corvino. Exterioamente se trata sin duda de una de las fortificaciones medievales de Rumanía más impresionantes, pero el departamento de marketing del Ministerio de Turismo rumano no debe ser muy eficiente, puesto que de otro modo no se comprende como dicha construcción puede pasar tan desapercibida en los folletos turísticos. Incluso podría hacer sombra al propio castillo de Bran en la lista de “lugares draculianos” más importantes.

Accedemos a la fortaleza a través del antiguo puente levadizo, ahora sustituido por una pasarela de madera. Varios metros más abajo se sitúa un profundo torrente de agua que protegía la edificación. Caminar hacía las puertas de hierro de su entrada, cruzando sobre el foso natural, impresiona.



Castillo de los Corvino en Hunedoara

Este castillo sólo tiene un pero –en mi humilde opinión-, el interior no se encuentra a la altura de su soberbia estampa exterior. La mayoría de las estancias están ocupadas por tiendas a medio camino entre una sala de exposiciones de arte y una tienda de souvenirs. Por otro lado la fortaleza ha tenido un uso eminentemente militar y la sobriedad en la mayoría de sus salas es palpable. Por no hablar de un mantenimiento en general escaso, de rehabilitaciones ni hablamos. Aunque para ser justos, los andamios que vimos en una de sus murallas y la pequeña limpieza de algunas de sus almenas, pueden hacer pensar en una política distinta hacía esta joya arquitectónica.

Los prisioneros turcos tuvieron un importante papel en la construcción de esta edificación, siendo ellos los que levantaron las murallas. Seguramente desarrollaron su trabajo en unas condiciones espeluznantes, viendo los precipicios sobre los que se yergue la fortaleza, da miedo sólo de pensarlo.

Doce de estos prisioneros turcos tienen una sorprendente y a la vez indignante historia. El mandamás de turno, a la sazón Ioan de Hunedoara, les ordenó la construcción de un pozo que sirviera para suministrar agua al castillo. A cambio les prometió que si lo conseguían les concedería la libertad. Durante 15 años los doce sufridos otomanos excavaron un pozo vertical de 30 metros, hasta que dieron con el líquido elemento. Cuando esto sucedió Ioan había muerto, siendo su esposa la que tomaba entonces las decisiones. Esta mujer, sin cortarse un pelo, les dijo que no iba a cumplir la promesa hecha por su marido. Las maldiciones de los turcos hacia tan encantadora persona se oyeron hasta en Estambul. Lo de H.P. fue lo más lindo que se escuchó.

Uno de los otomanos, posiblemente el más sosegado y cultivado de todos ellos, escribió una especie de “carta al director”, dejando constancia de la tan injustificada resolución de contrato y de paso poner a semejante bruja de vuelta y media. En un muro próximo al maldito pozo, dejó testimonio de la calaña de la susodicha señora y finalmente en un arranque de inspiración literaria escribió una frase para la posteridad; “Tenéis agua pero no tenéis alma”. Toma ya, hay queda eso.

Una última cuestión, dentro del anecdotario existente en el castillo de los Corvino, está la circunstancia de que Julio Verne incluyó esta fortaleza en el itinerario de su famosa novela “La vuelta al mundo en 80 días”.

Concluida la visita y después de inspeccionar los escasos puestecillos de recuerdos, contemplamos la soberbia imagen que se puede observar desde el pequeño aparcamiento. Luego volvemos a la AC, la cual tenemos estacionada en una calle próxima.



La Fortaleza

Definitivamente nuestras visitas turísticas en Rumanía habían concluido. A partir de ese momento la idea era acercarse a la frontera, para cruzarla al día siguiente por la mañana. Por lo que dormiríamos una noche más en Rumanía y de paso liquidaríamos nuestra reserva de moneda rumana.

Cerca de Arad y aproximadamente a unos 40 kilómetros de la frontera, tenía localizado en el pueblo de Minis un establecimiento regentado por una pareja de holandeses. Estos ofrecían unos servicios de tipo camping, pero en plan reducido y con un número contenido de plazas. Hacía allí nos encaminamos.

Separado tres kilómetros de la vía principal surge Minis, un típico pueblecito rural rumano. La carretera lo atraviesa longitudinalmente, siendo esta la única vía asfaltada. Sus calles lucen la habitual conjugación de tierra y polvo.

A las afueras de la población, y por supuesto, circulando por un camino, encontramos el camping de los holandeses. El lugar estaba cuidado y era acogedor. En el mismo se encuentran tres ACs de holandeses y una de austriacos, todos ellos con apariencia de jubilados y por lo tanto en consonancia con la edad de los dueños del establecimiento. Existían también un par de caravanas, que hacían las veces de bungalows y que seguramente se alquilaban.

El dueño no poseía el estereotipo de holandés al uso. Era bajito, regordete y moreno. Además dejaba aflorar un comportamiento un poco “extraño” y sobre todo se mostraba excesivamente roñica. Su mujer parecía más alegre y tenía una apariencia de feliz jubilada centroeuropea.

Se produjeron una serie de circunstancias que me causaron un cierto rechazo hacía el establecimiento. Por ejemplo; el dueño antes de darnos el precio nos pregunta si entramos en Rumanía o estamos de salida. Aquella interpelación no fue hecha con inocencia, a mi entender tenía trasfondo. Después nos proporcionó el importe y resultó ser el segundo más caro de nuestra estancia en Rumanía, por supuesto detrás del salteador de caminos de la primera noche. Unos 20 Euros al cambio, consecuentemente se encontraba por encima de la media. Pero lo admitimos, era la última noche y no nos apetecía dar vueltas para encontrar otra cosa. Queríamos darnos una larga ducha fuera de la AC y cenar tranquilamente al aire libre

A continuación preguntamos donde podíamos cargar agua en la autocaravana. Había visto una grifo con manguera pegado a la puerta de entrada al camping y la AC se encontraba perfectamente ubicada para poder realizar la operación. El holandés pone cara de pocos amigos –o por lo menos me lo pareció- y extrae de un cajón, lo que resultó ser la pieza del grifo que faltaba para poder hacerlo funcionar, y me murmura que lo acompañe. Antes de accionar el surtidor me pregunta cuantos litros quiero, me rió pensando que es una broma holandesa y le contesto “Lleno por favor”, pero no entiende el humor hispano. Entonces me doy cuenta que lo ha preguntado en serio, pero no digo nada.

Iniciamos la operación de llenado, él con la mano sobre el grifo y yo sujetando la manguera en la boca de llenado. Por el tiempo que tarda en subir el nivel, me doy cuenta que el flujo de agua es cercano al riego por goteo. Transcurridos dos minutos el holandés me interpela cada treinta segundos si ya he acabado. Lo llevas claro, pienso para mi, “Voy a llenar el deposito hasta arriba majete”.

Finalmente logramos concluir la operación. Mientras ayudo al dueño a recoger la manguera, Isabel le pregunta si hay Wi-fi. El holandés, entre dientes, le hace un gesto con la mano señalando todo el terreno del camping, pero no da más explicaciones. Tengo la sensación de tener que pedirle disculpas por pagar para usar su establecimiento.

Una vez instalados, mis hijos se lanzan como posesos en busca de la red adecuada que les permita acceder a Internet. La encuentran pero tiene clave de acceso. Isabel, tras levantarse, se dirige a la casa donde viven los dueños. Al cabo de cinco minutos vuelve con la contraseña. Me pregunto ¿no podía habérmola proporcionado antes? Una aclaración para los mal pensados, en ningún momento le mentamos al tulipán, el fútbol ni el Mundial, simplemente él era así.

Antes de cenar, arrancamos a nuestros hijos de las garras del portátil y decidimos acercarnos al pueblo con la intención de comprar algo de comida y así ir liquidando los “leus”.

Llegamos a la calle-carretera principal de la población y encontramos una especie de tienda de comestibles, que también hacía las veces de bar del pueblo. Un emparrado junto a la puerta daba sombra a cuatro mesas y varias sillas de madera, que por su aspecto podían haber formado parte de los enseres de Vlad Tepes.

Sentados a la fresca, tres rumanos bebían cerveza directamente de unas botellas de medio litro. Nos miran con curiosidad mientras entramos en el interior de la tienda. Traspasar la puerta de aquel establecimiento fue como hacerlo en la maquina del tiempo. Una luz difusa envuelve la estancia, lo que unido al mobiliario de tipo “clásico” y absolutamente desgatado, provoca la sensación de encontrarse en una tienda de principios del siglo pasado.

El mostrador, en forma de L, es un bloque de madera desde el suelo, donde la pintura azul que lo cubría es un recuerdo solo perdurable en algunas de sus zonas. El tablero superior luce un desgaste considerable, así como una capa de grasilla impregnando la madera, sin duda debida al uso continuo. La dueña-dependienta está detrás del mostrador y a su espalda se encuentran unas estanterías donde se sitúan algunos productos. Empezamos eligiendo la fruta y algo de pan. La amable señora pesa el producto en una balanza que seguramente tenía el carnet de jubilación caducado. Después, nuestros hijos eligen unas chuches; éstas son prácticamente idénticas a las que compran ellos habitualmente. Por lo visto la globalización también ha llegado al mundo de las golosinas.

Finalmente cojo tres botellas de cerveza de medio litro. Éstas se encuentran en un tipo de caja que solo recuerdo haber visto en las películas de blanco y negro. Es similar a las actuales de plástico -con las botellas colocadas de forma vertical-, pero el material es madera y por su aspecto ha podido servir para trasportar botellas desde los tiempos de la bisabuela de la actual propietaria.

Terminadas nuestras compras, la dueña nos extiende el importe escrito a mano sobre un papel. Si dicha cantidad fuese para abonar en euros, aún sería un coste más cercano a nuestros precios, pero en “leus” la repercusión efectiva para nuestros bolsillos resulta insignificante. Dejamos una cantidad mayor y salimos del establecimiento con las bolsas de nuestra compra en la mano. En el exterior las personas que vimos al entrar, siguen degustando sus cervezas a la sombra del emparrado. Una de ellas levanta la mano en señal de despedida.

Cuando caminamos por la polvorienta calle, podemos ver como el sol se ha trasformado en una bola anaranjada sobre el horizonte. Parece el final de una película, en la cual se ven las negras siluetas de los protagonistas marchando hacia el atardecer. En nuestro caso esperemos que no sea el final de un viaje, sino el inicio de otros muchos.

JAVIER F.